Pared de ladrillo verde

Miguel Muñoz Martínez

Image not found.

Capítulo 1

Pared de Ladrillo Verde

Advertencia

Este libro contiene algunas escenas sexuales explicitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores menores de edad. El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de su autor.

Pared de Ladrillo Verde

Autor: Miguel Muñoz Martinez

©Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del autor.

Copyright © 2016 MiguelMuñozMartinez- todos los derechos reservados.

Epílogo

Por fin sola. Desoladamente sola.

A lo largo de mi vida nunca se me ha dado demasiado bien cumplir objetivos. Siempre he ido renqueando, empujada por unos y otros, dejándome guiar por caminos hasta entonces desconocidos, pero que ahora, años despues, he valorado como los de mejor elección. Lo cierto es que tengo mucho que agradecer a las personas que se han cruzado en mi vida: A mis padres, a mis amigos, a él... Pero sobretodo a esta pared de ladrillo verde. La misma que me guía y protege del sufrimiento.

Marzo 2019

"Si me pierdo que me pierda"

Como bien he dicho, nunca se me ha dado bien cumplir objetivos. Desde el colegio destaqué, pero no precisamente por ser la mejor de clase. Siempre me gustó ir por las ramas. Para mí era fácil encontrar ese camino que para ojos no versados permanecía oculto. Escribir poesía, realizar dibujos, inventar historias sobre alguien o algo... Siempre había algo que provocará ese privado e íntimo estallido de anarquia, ese arrebato por

rozar lo sagrado. Aunque eso me impidiera centrarme en lo que todos creían importante. Fueron justo esas continuas faltas de atencion las que me llevaron ante psicólogos y profesionales varios, coincidiendo la mayoría en una cosa: mi dificultad para asimilar conocimientos se debía, sobretodo, a la tremenda saturación de mi mente, de sobra imbuida en una vida interior tan prolífica que me hacia parecer tonta ante el mundo.

El instituto, y posteriormente la universidad no cambiaron mucho mi forma de ser. Tampoco la familia ni los amigos. Vivía constantemente en un estado mental muy parecido al autismo. Mis amigas siempre me apellidaban "flaseada", ya que, según ellas, eso era lo que parecía cuando alguien me hablaba. Atontada por algún flash que me sumía en un sueño tan profundo que me hacia recorrer otros lugares y mundos ajenos a este. De pequeña recurría a amigos imaginarios para sobrellevar las faltas de mí infancia, luego esos amigos desaparecieron aceptándolos como lo que eran, sustitutos imaginarios de amigos que nunca tuve, ya fuera por mi extrema timidez, o por los millones de complejos que arrastraba tras de mí. Y lo cierto es que no tenía razon para sobrellevar dicha carga. No era un pivón, desde luego, pero me consideraba atractiva. Tenia buen cuerpo, mis cabellos eran fuertes y marrones, y mis ojos grandes y profundos, capaces (siempre supuse) de enamorar a cualquiera.

La universidad me hizo despertar en cierta medida mis conocimientos acerca del amor, e indirectamente del sexo. Este último tema lo fui marginando, debido a mí soberana verguenza, hasta dejarlo como un anexo imaginario y gracioso en mis conversaciones sociales. Sin embargo, y a pesar de todo, sí que llegue a experimentar lo que era el amor. Con más pena que gloria, eso sí. Los chicos que conocí a lo largo de mí vida contribuyeron a aportar (cada uno en la medida de sus posibilidades) su propio granito de arena a esta playa inmensa en la que me pierdo cuando no estoy conmigo.

Y me pierdo tantas veces...

Abril 2019

"aires de cambio"

La ventisca levantó mi vestido. Tan superfluo hecho desató en mi conciencia un cúmulo tal de sensaciones que tuvo que llamarme mi madre

tres veces al móvil para sacarme del trance.

Yo sabía que me pasaba algo. Siempre lo supe desde pequeñita. Mi madre siempre decia: "Esta hija mía no esta hecha para este mundo". Pero lo que no podía siquiera imaginar es que tenía razón.

Hay mundos imaginarios tan potentes que llegan a transformar el nuestro, a hacerlo insustancial. "Sin chicha ni limoná".

Una leve sonrisa iluminó mi rostro ese catorce de Abril al recibir el email de confirmación de la universidad de Edimburgo. Me aceptaban. Era una buena noticia. Buenisima. La primera opción fue la acertada, y sin menospreciar a las otras (Glasgow y Dublin), construí someros castillos en el aire. Los amueble con mis cachivaches y trastos y me preparé para el viaje. Y aunque tenía ejércitos en contra, aferré la bandera del triunfo y con fuerza la icé sobre mis propios miedos e inquietudes.

Con estos ánimos hice frente a mis padres, y estos, en congra de lo que creía, me apoyaron en mi proyecto. Mis padres... pobres míos, me animaron a ser adulta, a intentarlo por lo menos. Y creo que di el primer paso, evolucioné como un pokemon y me instalé en el disco duro mi próxima vida futura.

Nueve meses son nada o son todo. Depende de las circunstancias, y si éstas son propicias el todo nos inunda, nos convierte y transforma en otra persona. A mí ya me estaba transformando, lo sentí en ese momento en mi cuarto y lo siento ahora en este nuevo país.

Pero no adelantemos acontecimientos. Intentaré transcribir como pueda todo lo acontecido desde entonces hasta este momento.

Por lo menos lo intentaré.

Mayo 2019

" la senda de la prosa"

Terminé los exámenes. Acabé las "emes" , las "tes" y me preparé para las "uves".

Cuando todo estuvo atado lo guarde en un cajón, al lado de mis barbies, recuerdos como ellas de momentos de una vida, recuerdos de colores, de

olores y formas de mi infancia que termina.

Y mis padres se casaron, nuevamente. Celebramos tal evento en el pueblo de los abuelos, pero sin ellos. Sólo su esencia podía olerse. En los árboles, en su huerto, en cada rincón de la casona. En todos ellos. Yo podía sentirles, pero sólo yo, ya que mi hermano no. Esa fue la vez primera que constaté que había algo cierto en lo que aseguraba mi madre. Yo no era para esta vida. Yo nací para volar, para ser humo y fundirme con el humo, y nada más.

Y seguí las sendas de mí infancia. Y las vi muy pequeñas, diminutas en comparación a mis pies. Yo había crecido. ¿O era el camino el que había disminuido de tamaño?

Bueno... Lo cierto es que la selva amazónica que yo recordaba se había reducido a cien escasos metros de arbustos sobre la ladera de un risco, y más allá el fin del mundo. Las obras inacabables de la autovía. Y los coches rugían sobre mi cabeza. Y los miedos también.

Junio 2019

"Contra tu Victoria"

Así se llamaba la novia de mí hermano. Una novedad. Algo gracioso y exótico que apareció en vacaciones. Como aparecen las cosas que a la larga no tiene importancia. Todos tomamos su presencia como un capricho, que podría, o no podría ser.

Pero poder tenía, y poder pudo.

Y yo me sentí enojada. Celosa de esa sombra a su lado que otra ocupaba. Él era algo mío. Siempre fue mi príncipe aspirante, cuyos gestos elegantes encauzaban mis mil lágrimas en rio.

Pero el río se secó, las aguas no siguieron un cauce y todo se desbordó. La falsa Victoria nubló con sus laureles los ojos y pareceres de mi hermano. Y lo raptó. Ante ella solo yo, solitaria plegaria que ungía sobre su frente la cruz. Pero no retrocedió. No profirió maldiciones, ni vomito confesiones, sino que su mano tendió. Sus besos (que no de Judas) me hicieron crecer nuevas plumas, y a mi espalda las bordó.

Pero esas mismas plumas me alejaron de él, de su compañía durante todos estos años como hermano.

Junio 2019

"Temores fundados en los insectos"

Daba vueltas por el día, pero aún más por las noches. En la madrugada despertaba con la cama empapada y la boca llena de hormigas. Me repugnaba. Gritaba y me revolvía como una posesa sintiendo sus mandíbulas cerrarse contra mi carne. Con mis nervios como espada destrozaba la cama, rasgaba mi pijama y mis bragas, y desnuda como nací me sumergía en el agua. Pero el agua no los mataba. miles de insectos nocturnos se aferraban a mi piel, clavaban fuerte sus patas y se alimentaban de mí.

No tardaban en aparecer mis padres, y entre sollozos de madre, mi padre invocaba al día. Y su ayuda me calmaba.

Noche tras noche los insectos profanaban mi colchon, se hacían fuertes en la almohada. Y no solo hormigas, también mosquitos y pequeños escarabajos. Recorrían mi cuerpo mientras dormía. Se hacían dueños de mis intimidades más profundas y lo peor es, que yo en él fondo lo permitía. Aún guardo en mi memoria como una noche abrí mi camiseta de dormir, descubriendo un osado mosquito recorriendo mi pequeña aureola derecha. Otros vinieron, y hasta hormigas que hicieron de mi pezón un valioso bastión conquistado.

Me gusto. Recuerdo que rocé el interruptor de mi feminidad descubriéndolo colmado de humedad. Aquella inundación, combinada con los mordiscos de los intrusos, cortocircuitó mis sentidos. Me fui entonces, rechinando los dientes con los músculos tensos, presa del placer más primario. Y otros insectos vinieron, abejas, escarabajos... me hicieron un corro en soledad, y sobre mi orgasmo danzaron.

Y eso sucedió noche tras noche.

Lo cierto es que sabía como mantenerme ocupada.

Julio 2019

"presagios de sangre"

Tras los preparativos del viaje, y la cháchara interminable de los míos, pude sacar tiempo para una escapada. Hacia un calor de mil demonios y apetecía relajarse en la arena. Pero el tema estrella no tardó en aparecer, y mi próximo viaje pasó a ocupar todo el tiempo en boca de todas. Mis pocas amigas me felicitaban, y al mismo tiempo expresaban su sana envidia por la experiencia que estaba a punto de realizar. No faltaron bromas sobre los escoceses y las sorpresas que guardaban bajo sus faldas.

Judith era la única que me acompañaría en el viaje (Una vez en Edimburgo nos separariamos, cada una a su residencia). No la podía considerar técnicamente una amiga, ya que nunca ejerció como tal. Más bien fue todo lo contrario, considerandola desde pequeña como una verdadera hija de puta (sin pelos en la lengua). Formaba parte de la elite de idiotas engreídas del colegio, y más tarde del instituto, siendo todas ellas las que "partían el bacalao" en mis años de niñez. Aun recuerdo esos tiempos de puro terror, cuando escuchaba él timbre del recreo y veía a Judith y las suyas acorralando a todo aquel que se pusiera a tiro.

Ahora, tras unos años desaparecida, la encontré de nuevo (mucho más calmada, eso si) en la facultad. Y cual sería mi sorpresa cuando me enteré que ambas coincidiriamos en el Erasmus.

Ese día de playa accedió a acompañarnos. "A unir lazos" me dijo con una sonrisa bobalicona. —"Yo si te habría puesto un lazo hace años..." —pensé oscura —, "pero en el cuello..."

Hacia calor, pero no demasiado. El agua estaba fría, pero tampoco demasiado. De lo que si había demasiado era de pulpos. Ridículos "teenagers latinos" realizando pateticos bailes y pruebas de fuerza. Vanos rituales de apareamiento ante nosotras, las hembras elegidas. Un grupo de ellos se apostaron estratégicamente al lado de nuestras toallas, y comenzaron el tan manido juego de risas, comentarios y miradas. Repasé sintácticamente a todos y cada uno de ellos; los descompuse en factores y extraje medianamente la polaridad de casi la mayoría, ya que casi a la

mayoría se le veía venir.

Todos tenían lo mismo en mente: Follarnos.

Ante tan desolador panorama opté por la mejor opción, que era la de escapar mar adentro. —"Quizá, si nadaba durante meses llegaría por mis propios medios a mi residencia de Edimburgo."— pensé. Aunque tendría que arrastrar la maleta conmigo, y eso me retrasaría. Eso sí no antes se la comía un tiburón o una marsopa (siempre me ha hecho gracia el nombre de estos peces).

Un vistazo a la orilla me hizo constatar que nuestra avanzadilla habia caido bajo los envites del ejercito invasor. Incluso uno de ellos habia tomado mi toalla—puesto de mando amenazando con doblegar a lo que quedaba de mi ejercito desde allí.

Lo peor es que mis chicas estaban desertando, zalameras, pasandose al lado enemigo.

Juré y perjuré que nunca más volvería a la orilla. Antes me dejaría desvirgar por una marsopa. Si es que las marsopas tenían miembro... (Que lo ignoro). Había mucho que me repugnaba de aquellos típicos chulitos de playa, pero lo que más era su género. Desde siempre me he sentido incómoda entre hombres. Y no es que fuera lesbiana, ni tuviera nada contra ellos (que yo sepa...), sólo la mera incomprensión de sus actos ya me apartaba de ellos.

Probándome cristalinos zapatos pasé mi infancia, ilusionada de fantasías, pero a pesar de que todos eran de mi talla, ningún príncipe se adaptaba a mi cabeza. Y mi cabeza se cerró en banda, negándole la madurez que mi cuerpo anunciaba. Una madurez que me obstiné en ocultar hasta que no me quedó otra. Y esa otra (la prima de rojo) no respetaba nada, ni labores ni asueto ni días de playa como el de hoy.

Noté el tampón deslizarse fuera de mí. Estaba inchado y deforme. Rojo como un tomate. Así salí yo del agua, roja, intentando disimular aquel contratiempo de camino al coche. Mi bikini manchado me delataba como una víctima más en aquella batalla que habían ganado los hombres. Pero mi mente, lejos de allí se preguntó si por alguna casual casualidad alguna de las células de mi sangre habría llegado por la misma casualidad a las costas de Escocia.

Y Sonreí. Y esa tenebrosa sonrisa, reflejada en □ espejo del parasol del coche, me puso los pelos de punta.

Agosto 2019

"demonios intestinales"

El mes de las vacaciones por excelencia se comportó como tal. Excepto a su termino. Las últimas semanas de agosto sí merecen aparecer reflejadas en esta especie de diario. Fueron extrañas, agobiantes y espesas.

Me compre unas botas para patear las calles de la vieja Escocia, pero éstas se rebelaron volviéndose contra mí, o mejor dicho, contra mis pies, aplastándolos, deformándolos y causándoles rozaduras. Indignada marche junto a mi madre a los grandes almacenes del triangulo, adonde las compré, pero nada mas llegar comencé a sentirme indispuesta.

—"Debe ser la regla"—me dije engañándome, ya que sabia de antemano que esa sensación no era ni por asomo parecida al periodo.

En un retrete sucio y lleno de pintadas doblegué a mi dignidad con las bragas por los tobillos. Y algo dentro de mí se rompió. La criatura fusiforme que exhaló mi escroto se rebeló contra mí por mi vil expulsión, y enrollandose en mis brazos intentó doblegarme, internarse de nuevo en el interior de mis confortables intestinos.

Pero yo no la dejé.

Nunca antes aquellos aseos de paso contemplaron un batalla como la de aquella tarde. Nunca antes.

Aquel ser parecía un pez, boqueaba como tal, se retorcía como una anguila, olía como mil demonios y sin embargo era mi hijo.

Aun así lo maté. Arroje a la criatura al sucio suelo lleno de desconchones y la pisé. La aplaste asegurándome de que aquella carne de mi carne quedara ahí muerta, inerte y sin posibilidad de asilo en ninguna parte.

Salí de allí dolorida, sucia pero victoriosa. Y explicando mil mentiras me hice más oscura aún de lo que era. Mentirosa, cínica e iracunda. Solo me importaba el "yo", y dejé un poco de lado el "ellos". Tomé las noticias con suma frialdad. Como si una enfermedad de ese calibre pudiera curarse alegremente con analgésicos. Su reacción quitando importancia tampoco

me aleccionó a comportarme de otra manera.

Los días que acontecieron trajeron consigo pesares y remordimientos. Necesitaba alejarme de este lugar. Viajar al norte, más allá de las leyes.

Y pronto lo iba a conseguir.

Septiembre 2019

"comida familiar"

Se acarcaba el día de mi exilio, y todos, como requería la situación, lo tomaron de una forma u otra. Mis amigas me abrazaron, prometiéndome que me darían todo el follón posible a través de mensajes al movil. Mi hermano dejó de lado su apatía habitual y corrió a darme un beso (por un momento lo recuperé), y su nueva novia me entregó una carta a modo de acto de conciliación que me negué a leer.

Para el final mis padres... Qué decir de mis padres...

Estos reservaron todos sus deseos de buenos propósitos, los fueron almacenando como hormiguitas durante un año entero, y dos días antes de mi vuelo me los cedieron. Sobre mi cama mis fotos de pequeña, en el armario mis disfraces de princesa; Sobre el escritorio mi ambición desperdiciada y una nota hecha con un folio doblado.

"Ven"

Fui.

Me esperaban.

Ante su cama un altar servía de punto de apoyo a un rollo de apilada carne marrón. Éste no paraba de girar frente a una estufa, sumiendo a la habitación en un continuo e interminable infierno abrasador.

Mis padres me invitaron a sentarme junto a ellos, pero yo preferí acurrucarme a sus pies, tal y como hacia cuando era pequeña.

Él calor se cobro su primera víctima, quemando mi pijama que se deshizo sobre mi cuerpo. Ellos guiaban mi mano otorgándole una maestría que yo aún no poseía. Y a pesar del terror disfruté. En aquel momento no lo

sabía, pero era un rito de iniciación necesario para la vida, y así me lo hicieron saber.

Mi padre me llevó ante el altar y juntos veneramos a la diosa. La espada brillo durante unos segundos reflejando el rojo del fuego y la sangre. Y la hoja partió, la carne se abrió, y se dejo herir saliendo de aquel violento encuentro sendas lonchas humeantes que cayeron sobre nuestros cuerpos. Sabía a carne caliente, olía a brasas y degustandola con una lujuria impropia llegué a ser dichosa.

Mi madre se incorporó al festín, y yo fui entonces la que dirigí el acero. Lo clavé de una forma un poco torpe pero a pesar de eso logré mi objetivo. Varias lonchas cayeron sobre nuestros pálidos cuerpos y allí mismo las devoramos. Luego seguimos sobre la cama y por encima de los muebles de la habitación. Y fue una simple silla la que iluminó mis entrañas con él conocimiento de la vida.

Siempre lo recordaré. Y aún aquí, años después, sigo simulando altares con una silla como telón de fondo.

Pero la vida discurre y sigue sin nosotros saberlo. Y llegó mi avión. Y desde ese altar, como mi madre me trajo al mundo salté a mi asiento. Observé él ritual de apareamiento de las azafatas y sus salidas de emergencia y me preparé para volar.

Cuando corte mi cordón umbilical con la pista de aterrizaje aferré con fuerza mi bolsito de mano. Ahí les llevaba a todos y no querría perderlos por nada del mundo.

Octubre 2019

"Colonizando con limones"

Tres días exprimiendo el mismo limón ya es excesivo. Cumplió su función con creces, y ahora es hora de despedirnos.

Abro el pedal del cubo de la basura con la punta de mis zapatillas de fieltro, y estas me juzgan con sus ojos de gatito. Lanzo al interior el cítrico elemento, y un trozo de España se va con él. Metí limones en mi equipaje con el mismo riesgo que si hubiera introducido una bomba en el pais. Mi desconocimiento acerca de lo que podía y no podía entrar me llevó a

correr el riesgo, y lo pasé mal, sin duda.

Alguien me dijo que en Escocia no había ese tipo de frutas, y que si las había estarían al precio del oro. Cuál no fue mi sorpresa cuando, al día siguiente de establecerme aquí, me acerqué (más por curiosidad que por otra cosa) a una de las tiendas del lugar. Había de todo. Incluso embutido y jamón. Más caro que en la península, pero no a precios desorbitados, como me advirtieron. La ignorancia es lo que tiene.

Ahora, tras una semana de estancia escocesa, terminó el ajetreo de mensajes, llamadas y videoconferencias mil. Por fin llegó la calma. Aunque no me faltaba mi ración nocturna de explicaciones. De donde iba, de adonde venia... Era algo normal ya que su niña se encontraba por primera vez a más de tres mil kilómetros de sus faldas, y a mí me gustaba mantenerles informados.

Aunque a veces me apetecía relajarme en la soledad de mí altar, venerando a nadie sin estar tan pendiente de unos y de otros.

Mi nuevo apartamento era un cucada. Se notaba que siempre había estado habitado por féminas, ya que cada una de ellas había dejado su granito de arena en él. Fotos olvidadas, cartas, recuerdos mil se agolpaban en los cajones componiendo todo ello una autentica sinfonía de vivencias y rostros dispares a los que unir el mio. Bien podía haber terminado de un mochazo con la tradición. Pero... ¡Quién era yo para cambiar aquello!

La residencia donde estaba se componía de varias habitaciones unidas todas ellas a un salón principal y en el fondo una pequeña salita con la tele anclada a la pared, toda ella forrada con carteles de atencion a los huespedes (la clave de la WiFi, las instrucciones de los electrodomésticos, las normas de convivencia...). También había una cocina compartida y dos baños, uno de chicos y otro de chicas, aunque, como todas eramos chicas, el muñequito masculino de la puerta había sufrido una graciosa transformación, con sus dos buenos melones dibujados.

Era un lugar confortable, aunque aún no lo podia considerar mi hogar.

Las compañeras merecen un capítulo aparte. Mi primera impresión al verlas fue muy positiva. Eran todas muy agradables, aunque un tanto esquivas. Aún guardaban ese recelo de dirigirse a mí como la extranjera, ya que era la única de fuera del Reino Unido. Eso, debo confesar que me facilitó algunas cosas, como la atención preferente que se le daba en el país a todo aquel que fuera extranjero. Eso si, si no requería de ningún sacrificio por su parte (de sobra era conocida la roñería decimonónica de los nativos escoceses). Un detalle más que llamo mi atención fue el de la bebida. Allí todo el mundo bebía. Viejos, jovenes, niños y abuelas. Era fácil integrarse entre ellos si conseguías (o intentabas) ponerte a su

altura. Eso sí, tu integridad física peligraba si lo intentabas con demasiada asiduidad. A la segunda mañana de mi estancia entre ellas pagué las consecuencias, y una importante resaca me aleccionó a apaciguar los animos. Una no puede correr si apenas puede mantenerse en pie.

Otro tema a tratar fue él de los profesores, pero es un tema tan complicado que espero tratarlo más adelante, con más espacio.

Ahora voy a hacerme un cola cao (aquí se llama nushelweef, un insípido sustituto, aunque yo sigo nombrándolo como en España). Deslizo mis manos por la encimera. Me fascina. Su tacto frío y áspero es algo que no se puede comparar a nada que haya conocido. Y su color verde oscuro, casi negro... La primera palabra que me vino a la cabeza cuando la toqué fue "criptonita". Parece algo ajeno a este mundo capaz de hacer caer a reyes y súper hombres.

Me descalzo, e izandome sobre mis brazos me siento en ella. Mi torpeza innata hace que de un culazo derrame un poco del desayuno sobre la enigmática superficie.

—¡No hay problema! —me digo despojándose de la camiseta y posando mi vientre contra él lácteo derramado.

Aquella humedad... Aquel extraño comportamiento por mi parte...

Me excita.

Cuando comienzo a tener control sobre mis actos reacciono. Me afano en recomponerme y terminar con aquella función. Limpio los contornos de mi ombligo con papel de cocina mientras doy gracias al cielo porque no haya entrado ninguna de mis compañeras en aquel comprometido momento.

A veces la búsqueda de uno mismo se hace más interesante que él objetivo mismo.

Noviembre 2019

"los ojos de los demonios"

Durante el primer mes de mi estancia escocesa he aprendido muchas cosas, pero la principal ha sido la de no dejarme avasallar por los belicosos escoceses. Cualquier cosa puede ser motivo de discusión, e

incluso he visto llegar a las manos a más de uno por cosas tan insignificantes como colarse en la caja del supermercado. Mis esquivas compañeras de piso ya me lo advirtieron en una de sus fugaces conversaciones: Debía llevar ojo con quien me relacionaba fuera del campus.

De vez en cuando la morriña me invadía, y ese era un factor más a añadir a mi ya habitual despiste, que me hacía mirar embelesada las señales de prohibido el paso, imaginando que la ralla blanca podría tornarse amarilla, formando de esta manera la bandera de mi país. Un pais que nunca imaginé echar tanto de menos.

Hablando de España y de españolas; Coincidí con Judith un par de veces en aquel comienzo de curso. La primera vez me la encontré en el comedor de la "uni". Iba acompañada de un chico, tipico escoces de piel pálida y cabellos rojos. Ni qué decir tiene que no me detuve (tampoco vi intención de entablar conversación por su parte), un simple saludo helado nos bastó para conformarnos. La segunda vez fue ella la que vino a mí. Me ofreció la posibilidad de tomarnos juntas un café y accedí. Tras comentar experiencias comunes y reír ante las vicisitudes de novatas que eramos, me ofreció acompañarla hasta su habitación. Al principio me mostré un poco reacia, pero tras ser partícipe de su cordialidad accedí. Vivía en "Yerk,s building", un edificio de tipo colonial con un montón de habitaciones, cada una equipada con un baño independiente. Lo que más llamo mi atención fue que en aquel edificio estaban mezclados personas y animales.

Al mismo entrar a su rellano algo me presionó el cuello ahogándome. Me asuste, claro está.

Judith se partió de risa, cosa que a mí no me hizo mucha gracia. Aun así disimule sonriendo.

—Son los hilos de las japonesas. Los llevan aún atados a sus novios que están en Japón.

Tras su aclaración observé en un sofá a una pequeña japonesita que en silencio estudiaba algo con un gran libro entre sus manos. Efectivamente atado a los dedos de su mano derecha permanecía tirante un finisimo hilo rojo que atravesaba la habitación terminando enigmático perdido por la ventana.

—Son unas estúpidas. Siempre sonriendo con sus caritas de dibujo animado japonés. ¿No te dan asco? —me preguntó.

—No. Son personas como tú y como yo. — le respondí tajante.

Sospechaba que Judith, fuera de su hábitat natural, tendería a formar una nueva red de amigas/araña como las que tenía en España. Era su forma de hacerse fuerte en un lugar. Pero con lo que ella no contaba era que yo nunca en la vida me integraría en un grupo que la tuviera a ella como miembro.

Aún asi no paró de intentarlo durante aquella captación de amigas, que era en lo que se había convertido aquello.

Me ofreció quedarme a dormir; también que fuéramos a un lugar llamado "Domo" a ver una película; también que me uniera a un proyecto de club español que estaba planeando hacer.

Me negué a todo argumentando que estaba muy liada organizándose las clases y conociendo todo aquello.

Pareció no sentarle muy bien mi actitud , pero lo tomó con calma. Judith era ante todo una estratega orgullosa, y nunca me confesaría lo sola que se sentía allí ni su necesidad de un hombro amigo. Supuse que volvería a intentar un acercamiento a mí (y no me equivocaba), pero en aquel momento no le quedó otra que dejarme marchar. Aunque en él trayecto hasta mi casa me arrepentí de no haber aceptado su oferta.

Eran las siete de la tarde, una hora en la que , en España ha comenzado a anochecer, pero aquí ya era noche cerrada. Eso, unido a la insuficiente iluminación que había hasta mi casa (alguna que otra esporádica farola), hizo que el miedo se instaurara en mí. Mis piernas comenzaron a recitar □el canto de las prisas, arrastrando con cada zancada cientos de piedras de aquellos solitarios caminos rurales.

Cada sombra me parecía una presencia, y cada luz unos ojos. Los demonios salieron pronto esa noche en busca de niñatas que llevarse a la boca, y yo era la candidata más idonea. Eran miles, tenebrosos todos ellos y negros como la noche, que lo engulló todo.

Salí corriendo. A mi mente llegó la absurda idea de cuanto hacía que no corría de esa manera. Solo en cinta en el gimnasio, o practicando deporte, pero huir despavorida no lo hacia desde el cole. Y llegando supliqué a los que nunca rezaba que me hicieran por un poco debota, creyente, apostata. Que salvaran de manera sobrehumana mi culo que tantos lios frecuentaba.

Arañé mis rodillas en el desconchado suelo de mi porche intentando nerviosa encontrar las llaves, que por alguna razón se escabullían de mis manos. Nadie salió a socorrerme cuando las primeras manos fantasmales me atenazaron la boca. Grité y luché con fuerza intentando zafarme de aquel fuerte abrazo pero fue en vano. Los demonios me arrastraron por el suelo haciéndome un daño de mil de ellos, arañaron mi piel, destrozaron

mi ropa. Se burlaron maniatandome las manos. Tras forzarme con inmensa fuerza bruta me enarbolaron sobre sus hombros huesudos. Yo gritaba y volvía a gritar. Penetraron mis entrañas, de boca contra pared. Abusaron y con ganas. Apresaron mis brazos por los codos, mis piernas por las rodillas, y cuando ya estuve abierta como una flor, ante mí se mofaron. Escuché carcajadas por todas partes. Y tras arrastrarme hasta el espejo de mi habitación me obligaron a mirarme.

12 de Noviembre 2015

“Actividades Extraescolares”

Mis bostezos eran "OS" libertinas que profanaban el tiempo de aquellas clases formales. Los profesores, todos viejos, se esforzaban en agradar a todos y cada uno de los que ocupábamos aquellos pupitres enclaustrados entre maderas. A veces lo conseguían, y otras veces rezumaba por los lados la desidia de la rutina y los años de docencia. Sólo dos escapaban a ésta descripción. Uno, un chico muy joven profesor de historia galesa, que vivía las clases como aventuras únicas, contagiándonos a nosotros sus alumnos con su entusiasmo que a veces rozaba el frikismo. La otra era una mujer muy parecida físicamente a mi madre. Se llamaba Tara, y su asignatura era la de fonetica y fonología. Todos la temían, pero yo sinceramente no comprendía el porqué. Era muy agradable y siempre se esforzaba por ayudar a todo aquel que necesitará un empujón en sus clases. Me gustaba. Precisamente fue ella la que me echó una mano a la hora de solicitar las actividades extraescolares que la carrera me requería como obligatorias.

De todas las ofertadas por *Heriot-Hatt* elegí cuatro (dos eran opcionales, y otras dos obligatorias: gimnasia y alguna relacionada con el folklore escocés). Lo cierto es que siempre fui un pato en educación física, pero aquí encontré una actividad afín a la que no me daba pereza acudir, y debo confesar que no se me dio nada mal. Se llamaba "*aero fitnes*", y la impartia un chico negrito (que, por cierto, no estaba nada mal). Básicamente se componía de una hora entera de ejercicios aeróbicos entremezclados con estiramientos y posturas naturales de defensa personal oriental. Un batiburrillo en el que desahogar □el stress y en el que podia hacer el ejercicio que me faltaba (por aquel entonces estaba delgada, pero con barriguita delatora). Las otras actividades eran: canto, danza galesa y acupuntura. Esta última llamó especialmente mi atención al ser algo a lo que en España no estamos acostumbrados. Los puntos del "ki", las agujas, la posición de las manos, la fuerza milimetrada... Es un

mundo fascinante que me gustó conocer, al igual que el canto y la danza. Cosas que siempre han llamado mi atención , pero es de ley reconocer que aún soy una completa ignorante en ellas.

30 de Noviembre 2015

"noche de brujas"

Rememorando la costumbre pagana maquillé mis debilidades con negro, blanco y encarnado. No tuvo mérito mi inventó ya que lo copié vilmente de un vídeo de internet. Lo que si que merecía un premio o agasajo fue la destreza de surcar mi rostro a trazos, dando aspecto mortecino a un clown arlequinado.

De esa guisa me presenté ante mis compañeras de piso. De atuendo una sabana cortada con cuadros verdes y morados, en homenaje a mi tierra. Unos pantalones ceñidos y las botas de montar a los tontos y engreídos (Ellas estan en esa lista, aunque no se lo he dicho).

—Amazing! —Gritó sorprendida una.

—"Muy bonitoa!"—Se esforzó la otra en un trabajoso castellano.

Preparé puré de calabaza y canapés. Decoré el salón con fantasmas y esqueletos, todo adornado para la ocasión. Pero la ocasión la pintan calva y así me quedé yo. Compuesta y calva ante la injusticia de ser moneda de cambio en una tradición que, ni me gustaba ni había pedido. Todas se marcharon. Cada una con su grupo de amigas, quedándome yo con el mío: mi trio de Calaveras de plástico que, compadeciéndose, conspiraron venganza, no hacia el mundo, hacía mí. Bailaron ante mis ojos. Me incitaron con sarcasmos a beber hasta el desánimo, desmayándome dichosa en un círculo de estrellas y en el centro una rosa. Y esa rosa en una mano enguantada, vanidosa. Es la mano de un guerrero y a la vez otra cosa. Es la mano de una oferta, de una maravillosa. Es entrega y desvarío, y yo la acepto gustosa.

Gustosa de compartir aliento, cama y sentidos. Gusto y placer unidos en una pasión furiosa de los actos ya prohibidos . Yo fui virgen de salón, aparentando virtudes. Arlequín muerto de pena, pronta carne de ataudes. En el espejo los dos, muertos amantes carnales. Cruzaron tibios sus besos por el arco de las sales, lamiendo a lo que llegaba fue derramando mares. Se fue hundiendo despacio el corazón de su mano, fue buscando poco a

poco el camino a ese pantano, en ese que yo me hundo cuando doy clases de piano. Y el éxtasis llegó como llega cualquier cosa. Culminación hermosa de un amante de otros años.

Desperté tambaleándome. Sentía náuseas y todo me daba vueltas. Recordaba haber bebido, también haber llorado indignada, recordaba y recordaba y tanta rabia me daba que lancé fuerte la taza destrozándole el asa.

La cogí del suelo enfadada. Su forma era la de una "U" completa. ¿Qué significaba? La vida nos da señales continuamente, pero es a nosotros a los que nos toca darles forma, adecuarlas a nuestra vida. Y la mía, aquí en Escocia, era una verdadera mierda (y "mierda" no lleva "u").

Diciembre 2015

"Veterana en fracaso"

—Que si, pesada. Que si...

Últimamente así terminaban casi todas las conversaciones con mi madre. Ella, empeñada en saberlo todo de mi a todas horas, y al mismo tiempo en que me relacionara con todo □el□mundo e hiciera de todo aquí. Pero □el tiempo es limitado, y más en un país como éste, en □que□ el□día acaba tan pronto.

Ahora, tras cumplir mi primer trimestre puedo decir que ya soy toda una veterana en Escocia. Conozco él campus a la perfección (tampoco es tan grande), y mis contadas salidas a Edimburgo me han servido (además de para perderme), para aprender a orientarme y entablar conversación como una nativa más. Dando solo lo justo mientras mides la distancia. Es de justicia añadir aquí mi relación con Jonas. Otro estudiante como yo pero venido de tierras mas lejanas. Colombiano, nada menos.

Judith se partió de risa al vernos salir un día de clase.

—"¿Es tu novio?" — recuerdo que preguntó con sorna.

—"No. No es mi novio. Chula patetica. Es solo un compañero de facultad. Un solitario como yo."

Jonas era ocho años mayor que yo. Según me contó con la herencia de sus abuelos pudo pagarse él viaje y los estudios aquí en Escocia. Era un tío agradable, cauto y respetuoso. Me gustaba estar con él, y aunque no me atraía sexual ni amorosamente, siempre buscaba algún hueco para llamarle y compartir un café y una charla amiga.

Precisamente fue él quien me propuso la excursión al norte. La organizaba la universidad a primeros de año. Cien libras con las que pagabas: viaje en autobús, una comida, una cena y la noche de albergue. ¡Super bien!

Cual sería mi sorpresa cuando, tras comentarlo con mis compañeras de piso, me confesaron que ellas también irían.

—"No te lo dijimos porque conocemos tu delicada situación financiera." — me dijeron las muy... Falsas.

— ¡Si yo nunca les había dicho nada de mi situación financiera! Tenia (como supongo que todos los estudiantes extranjeros) unos ahorros, y a su vez la ayuda de mis padres, que no dudaban en ingresarme algo cuando lo necesitaba. La ultima vez que les pedí algo fue a comienzos del mes pasado, y a cuenta de los libros que tenia que comprar. Pero nunca me he quejado, ni mucho menos les he comentado nada de mi falta de liquidez.

Lo malo es que yo soy tan tonta que esa misma noche no pude dormir. Ni la siguiente ni la otra. La actitud de mis compañeras de piso hacia mí se había convertido en un lastre en forma de mariposas negras que no me dejaban dormir, y ahora sin querer quererlo las esquivaba. Hacía todo lo posible por evitarlas en los pasillos o en la cocina. Y aunque tuviera que orinar en un recipiente, o esperarme a comer a las cuatro lo hacía, solo para no verlas.

Últimamente me afectaban mucho las cosas. No sé si por la morriña perpetua que sentia por mi tierra y los mios, o por no encontrar un hombro lo suficientemente amigo en él que apoyarme. Y entonces comprendí a Judith. Y no me importó convertirme en una amiga, o en una araña para ser querida por alguien cercano a algo mio.

Aunque Judith ya pasó a otro nivel, mucho más lejano. Ahora tenía novio. Tambien era español, de Cadiz, y estudiaba medicina en en campus sur. Parecía buen chico, y me alegré por ella. Aunque la alegría se tornó

decepción tras tropezarme con ellos la última vez. Fue en □el *Hogmanay*, □el desfile de antorchas que cubre de fuego todo Edimburgo. Un evento pintoresco, pero que a mí, sinceramente, me sudaba el chimichurri. En aquella ocasión yo iba acompañada de Jonas, y quise agradarles, integrarme en su ambiente, que resultó opresor y pleno de menosprecio. Sus risitas ahogadas fueron las dueñas de la conversación, y alguna que otra puya afilada.

Cuando la reunión se convirtió en algo incómodo decidimos huir, pero ya era tarde para eso. La masa enfurecida nos persiguió por todo el casco antiguo, blandiendo sus antorchas como en una persecución al monstruo que nosotros representábamos. Extranjeros persiguiendo a extranjeros. Finalmente, en un callejón nos dieron caza, pero no tuvieron él valor suficiente para prendernos. Observé a mi acompañante. Tenía miedo, y eso me entristeció. En ningún momento llegó a tener la iniciativa de partirles la cara a aquellos idiotas. Quizá me esperé demasiado de él.

Judith se pavoneo ante su hombre, y tras una de sus sonrisas de tiburón nos dejó allí. Cerda engreída alimentándose de la savia galesa como si fuera propia.

—¿Quíenes son? ¿Les conoces? — preguntó reiterativas veces el maniquí de mi pareja.

—No —le respondí.

24 de Diciembre de 2019

“Feliz nulidad”

Y llegó la navidad, la triste navidad. Y cuando pincho la "X" de la esquinita del Skipe mi reducido calor hogareño se evapora. Se funde en un clic, y aquí quedo yo, sola. Tan sola como la una y sin lampara a la que pedir deseos. No hay aladin en mi cueva, ni bestia desordenada. No hay nada. Solo cánticos escoceses, fuegos, ritos desconocidos y fríos, y familias que sonríen y él campus vacío.

Edimburgo, sin embargo, parece sacado del interior de una bola de nieve. Las lluvias intermitentes ahora son de nieve que se adhiere a los antiguos edificios, estatuas, parques y jardines. En el centro la típica feria navideña, la pista de patinaje y la noria. Y en su centro deambuló sola. Como un hamster gigante, abrigado por las horas que paseo de aquí a

allá, buscando quién sabe qué.

A una semana de las vacaciones mis planes se ven reducidos a ver cine en internet y chatear con desconocidos, buscando quien sabe quién. ¿Un contacto más humano? ¿Unos verbos parecidos? No los verbos de Jonas de primera conjugación.

—Terminando todo en "ar" muy lejos no vas a llegar — Se me ocurrió reprenderle.

Desde entonces se enfadó. Quizá sus expectativas no eran bailes de salón. Ni frecuentar amistades sin bajarme el pantalón.

—Desnudaré lo que pinte — me propuso decidido—, te cambiaré los defectos rodeando contenidos. Y al César lo que es del César, que ya tiempo ha combatido.

No quise saber más. Le despaché viento errante, y aunque alguna brasa queda, no hubo hoguera por su parte. Ni tiempo a descontar ni prórroga que aguante.

Enero 2020

"año nuevo en la casa del cambio"

Insistí e insistí. Mira que insistí, pero no pude convencer a mis padres para que olvidaran la idea de venir a verme.

El año comenzó con exámenes, y se dejaba notar en *Heriot-Watt*. Las cafeterías y zonas comunes estaban desiertas, tal y como en una película de zombies, y él único movimiento se dejaba notar en los aledaños de las bibliotecas, zonas bulliciosas en las que encontrar un rincón para estudiar podía volverse una auténtica quimera.

La excursión a *Inverness* se pospuso debido al mal tiempo de la zona, y me alegré de ello, ya que pude estudiar en serio, cosa que no había hecho desde que llegué a Escocia. Asimismo dejé de ver a Jonas y sus planes para entretenerme con intereses. También le sugerí que no viniera más. Debía aprovechar □el tiempo al máximo y que él dinero invertido en mí por mis padres tuviera fundamento.

Muy de vez en cuando el estrés me consumía empujandome a ausentarme por unos minutos a mi propio mundo particular. Un mundo en el que yo cada vez era menos protagonista. Me acurrucaba en un rincón de mi maleta y jugaba con mis pies y la rutina. Y ésta se hacia pelusas que colgaba a modo de cortinas. Algún día me tornaré adulta. El día menos pensado. Y lo que menos me gustaría sería que yo no estuviera allí cuando eso pasara.

Y ya sin el vil Jonas nadie asomaba por mi puerta, ningún alma amiga. Escuchaba risas amortiguadas cuando ellas discurrían ante mi habitación. Las noches eran mías, y en las noches comía, cagaba y me duchaba. Y al alba me dormía.

— "Crazy spanish" me llamaban, y era un título que llevaba con orgullo. Spanish por mi patria, y malagueña, "¡Na menos!". Y “Crazy” mi condicion. La alteración de un compuesto. Una nota discordante, asonante y consonante. Todo ello era yo.

Y era lo que quería. Al fin fui bicho raro en Escocia. Me lo propuse y lo había conseguido.

Y ya en el aeropuerto, cuando vi a mi madre lloré, y más al ver a mi padre. Y todos juntos cambiamos en la casa del cambio del emigrante.

3 de Febrero 2020

" Fantasmas que me inventé"

“El buen sagaz naufragará, será despojo, será ultrajado, pero nunca será en el mundo carne de soga por engañado”

Ese era el comienzo del tomo de obligado repaso "Ulises satírico", que el rector de filosofia había creído oportuno recomendar a sus alumnos. Lo había comprado por diez libras en internet, pero maldije mi estampa al encontrármelo días después medio abandonado en las estanterías de una antigua papelería de Edimburgo. Así se lo hice saber a Amanda, una de mis compañeras de piso, pero una sonrisa nerviosa fue toda su respuesta. Intenté por todos los medios un acercamiento a sus fronteras. Mandé emisarios, firmé pactos, pero no habia retroactiva. Tanto ella como la mulata se negaban a hablar conmigo, no sé si por miedo o desaire.

—" Valientes pavas"— pensé viéndolas cerrar sus puertas una y otra vez ante mí. Otra persona más fuerte que yo obviaria esas estupideces, pero como bien he dicho, yo no soy fuerte. Durante lo que quedaba de mes me abstuve de aparecer por las zonas comunes. No quería verlas. Fui de nuevo un fantasma, un cervatillo huido que a la mínima escampaba.

La incomprensión juega en mi contra, y saber que durante los proximos seis meses iba a estar tan sola me sumió en un estado parecido a la amargura del amor, la misma que profesaba el protagonista de mí libro hacia sus costumbres y seres queridos, perdidos hacia mucho en la otra parte del oceano del tiempo. Yo profesaba la misma amargura hacia los míos y lo mío. La despedida en el aeropuerto se hizo dura, todas las despedidas lo son, pero la vuelta en autobus de después fue insoportable.

Los demonios tienen curiosas formas de atormentarnos, y la soledad es una de ellas.

Llamé a Jonas, pero Jonas ya no estaba. Nunca más estuvo para mí. No sé si por despecho o por nuevas amistades. Ahí descubrí de hecho lo poco que le importaba. Y yo no era el hombligo del mundo, eso me creí en España. La humildad era uno de mis mandamientos, pero no el primero. Por eso me dolió tanto.

Y volví a jugar conmigo. A desatar tempestades ocultas en mi regazo. Poderosa la diosa es, cuando se cumplen los años. Vas perdiendo en la escalera reparos en los peldaños. Exhausta y sin aliento, desnuda y sin vergüenza me acerqué al espejo del baño sabiendo la puerta abierta. Las dos quedaron perplejas. Las dos alucinando. Pronto se excusaron y corrieron a sus cuartos. Y yo, rica de mí, sonreí de haber ganado. Por una vez, sólo una vez, fui juez y jurado.

Y a éstas... ¡Que les den! ¡Que les vayan dando!

11 de Febrero de 2019

"*Eilean Donan*"

Sorprendentemente, la actitud de mis compañeras hacia mi cambio radicalmente a partir de ese día. Noté que se esforzaban cada vez más por agradarme, por entablar amistad. Y cuando ellas más lo intentaban, yo más las detestaba. Me reía de ellas, me burlaba, pero nada. Si sumamos interes descontamos la desgana.

Y llegó el día de la excursión. Y ellas sobre mí, abrigadas. Dos íntimas me había hechado de una sola plumada.

El autobus muy ameno, cantando canciones y chistes. Y todos tan contentos. Jonas no estaba, pero no le eché de menos. Se echó una novia, o eso me comentaron.

El albergue era un gran caserío como el del dibujo de los quesitos. Había vacas y buelles, faltaba el nacimiento. Todo rural y acogedor, pero falto de comodidades.

Por la noche salimos al monte a ver las estrellas. Muchísimo frío, y un viento acojonante. Mis "amigas" me abrazaron y así compartieron mi alma, o debo decir que la parasitaron. Aunque me dio lo mismo. Aquel lugar me daba fuerzas de sobra. Era curioso que una malagueña estuviera tan a gusto en aquellos páramos helados, ensalada de fiordos con olor a boquerones fritos. Como en casa pero lejos, eso era así. Algo me empujaba hacia el norte y era el propio norte. ¿O no?

Las ruinas de *Calhesboirh*, y las cabañas de *Inverness* poco tenían que hacer ante la majestuosidad de *Eilean Donan*. Un castillo reconstruido sobre las ruinas del mismo, que cayó a primeros del siglo XVIII bajo el fuego inglés, en una sangrienta batalla llamada de *Glen Shiel*.

Tras tomar un tempempie en la cafetería del "visitors center", comenzamos a escuchar en boca del guia la fascinante historia del castillo, ahora residencia oficial del clan de los MacRae. A la arcaica construcción de piedra negra se llegaba por barco o por un estrecho puente que unía el centro de visitantes con la fortaleza. Cogimos éste último camino, más pintoresco y también peligroso, algo de lo que nos advertía constantemente el señor mayor que nos guiaba hasta las entrañas de aquella enigmática y, por qué no decirlo, atrayente construcción.

Amanda se apretaba cada vez más a mí, como si nos conociéramos de toda la vida, y reconozco que en algún momento pensé que se proponía despeñarse conmigo por aquellas peligrosas almenas. Yo le sonreía nerviosa intentando indagar qué era lo que había unido tanto a mí a aquella típica norteña, si verme aquel día como mi madre me trajo al mundo, o mi comportamiento hacia ella, que distaba mucho de ser lo cordial que fue al principio de conocerla. La otra escocesa, Laila, era más

prudente. También se acercaba a nosotras, pero siempre midiendo las distancias. Las dos me vieron bien aquel día. Sopesaron mi nudez sin atreverse a más nada. Las dos susurraban a escondidas y juzgaban, y juzgaban. Condenaban mis actos y mi ser, sin ser ellas mis verdugos ni mis jueces. Yo jugaba ahora con ventaja, porque llevaba una tirada de más. Ellas me seguían sin saber muy bien qué hacer, cómo comportarse. Eran descarriadas ovejas y yo su perra pastor. Y de pensarlo el cierre de mi fértil imaginación se destapó. Soñé con verdes paredes ocultando nuestra pasión; las vi desnudas conmigo, compartiendonos caricias, besos, abrazos varios, conteniendo en nuestros brazos la energía del amor. Me puse húmeda sólo de pensarlo. No solo eso. Aquellas piedras negras hacían temblar algo profundo dentro de mí. Lo removían y arrancaban el velo que desde niña me había impedido ver con claridad. Ese velo de mi sexo que te impide procrear. Que da al infante infancia y a la mujer madurez. Entre aquellos muros había presencias, o de eso nos advertían. Fantasmas y aparecidos de sobra había en mi vida, pero la prosa alcancé sin quererlo todavía, y mi mundo me cambió. Atravesé los espejos y al otro lado salí, la presencia de su aliento y su mano sobre mí. Una mano fuerte y fría, cálida y dulce a la vez.

Al baño escapé corriendo, nerviosa me refresqué. Al reflejo miré atenta y en mis ojos le busqué. Reflejos, cientos de verdes y un tono solo de gris. Y esa mota en susurros sabía mucho de mí. De otras vidas revividas, desgraciadas en el fin. Sangre, sudor y lagrimas, es lo mismo que sufrir. De vivir intensa la vida, el amor y permitir, sabiendo que lo perdía, que él marchara a morir.

Desde siempre he sabido atravesar el umbral del otro mundo. Imaginarlo quizás. Pero con tantísima fuerza que una vez dentro me hizo dudar.¿Realidad o ficción? ¿Fantasía o verdad? Sinonimos son de un pedazo, de un trozo de mí sin más.

Sustituí el salva-slip, oriné, recogí mi pelo y salí. Ya no quise saber más. Los fantasmas y sus cosas a mí, de verdad, no me van. Pero, ya en el umbral vacilé, regresé a verle otra vez.

De nuevo en la habitación, mi reflejo en el espejo y tras él la vacuidad. Me hice con todo el viento, aspiré reteniendo, y ya con toda potencia a él lo llamé en el umbral.

Y tanto lo deseé que el fantasma regresó, pero no era fiero ni extraño, ni ingles ni musulman. Era hispano y español, de malaga capital. Paisanos en tierra extraña. Vivos o muertos, da igual.Sus ojos ardieron fuerte, muy fuertes tras el cristal. Recreación muy ficticia que yo volví realidad.

De repente fui volando, volví serena a mi hogar. Un hogar que era tan mío como suyo, de los dos era sin más. Acarició mi mejilla, y yo me ruboricé. Sonreí, el rió, y no le volví a ver más. Sólo supe que viajé. Desnuda volví

a mi hogar. Las sabanas de satén dibujaron mis contornos. Y a mi lado siempre él.

Noté su aliento en mi cuello mientras ocupaba el trono. Las bragas por las rodillas y yo de vuelta de todo. No quise marcharme nunca de aquellos servicios públicos. Yo era virgen y el cortés, caballero era en un todo. No tengamos que marcharnos. No me dejes nunca sin más. Cuando todo esto acabe tus hijos podré críar. Y en esta tierra de plata esperarte sera mi orgullo. Esperarte en la manquita, ponerle velas al tuyo. A tu santo velaré, de la virgen sere devota si sólo con eso alcanzo a una huella de tu bota.

El climax llegó ruidoso. Mordí mi labio inferior. Una gota recorrió muslos , prados, puentes y cayó. A la tierra lo que es suyo, al suelo lo que es del suelo. Derramando feminidad en el surco de un riachuelo.

La verguenza era un buzo sumergido, némesis de sueños calientes. Pero mis manos discreparon, siguieron presionando el estratégico lugar. Intentando sacar calor de las brasas que se apagaban.

Y se apagaron.

Recompuse mis ropajes nerviosa al saberme pérdida ahora en el mundo real. No me costó mucho encontrar al grupo. Les escuché terminando la visita en las torres de vigía. Y allí estaban ellas, Amanda y Laila, sonriendo y complacientes, mis alumnas aventajadas.

De vuelta en autobús supe que había vivido una de las experiencias más potentes de mí vida. Y me propuse cambiar, seguir podando aquel árbol para hacerlo crecer, para en un futuro subirme a sus ramas y alcanzar a ver de nuevo el fantasma de mí castillo. A volverle a ver y sentir. Una y otra vez, una y otra vez.

Marzo 2019

"Contratos de por vida"

Siendo consciente de la fantasía decidí instalarla en mi vida. La hice algo más, como el recuerdo de un viaje, una experiencia vivida sin las aristas cortantes.

Permanecía hasta altas horas vagueando, viendo cine, chateando... Cuando solo quedaban minutos al día estudiaba sin querer. Por lo menos

algo me obligaba, ya que los exámenes se iban acumulando en el tiempo y en el espacio. De vez en cuando alguna de mis discípulas acudía a mi cuarto. Hablábamos de cosas triviales, los exámenes y la gente, pero poco más. Aún no se había producido la sinergia, y estábamos en esa fase en la que los fluidos casan, pero aún siguen sin mezclarse.

Una noche fue Amanda la que comenzó a hacerlo. En su pausado y correctisimo inglés de Glasgow reconoció sentir verguenza de lo que pasó aquella tarde. De contemplar mi desnudez y no sentirse ofendida. Incluso reconoció cierta atracción hacia mí, pero enmascarada en almas amigas que el destino une.

—¿Son todos iguales a ti? —Preguntó, refiriéndose a los españoles.

—Somos un país latino. —fue mi respuesta dando tanto y tan poco que entender. Aunque mi ambigüedad pareció agradar a sus ansias de conocerme. Supuse que me tenía como una especie de nativa de un país desconocido, caliente y misterioso.

Amy, como la llamaban sus padres, era la típica escocesa de las películas. Pelirroja, de ojos y piel claros y fuerte carácter. Aunque conmigo lo reprimía de alguna forma, pero en más de una ocasión fui testigo de sus malas pulgas con otras personas o con Laila. Hablando de Laila, era tan diferente a Amanda... Sus rasgos eran si cabe más latinos que los míos, morena de piel oscura, reservada y silenciosa. Sólo sus ojos daban fe de sus orígenes turcos. Sus padres emigraron hasta Escocia para casarse allí, dado los problemas que sus familias aportaron a tal compromiso, negándose tajantemente a celebrarlo. Laila lo comentó una tarde ante un comentario a unos rasgos tan exóticos para esas tierras norteñas.

— Es una bonita historia de amor que dudo que nosotras repitamos. — Indicó un día Amanda cabizbaja.

—¿Y, por qué no? —. le inquirí recordando mi experiencia mística— ¿No merecemos que alguien nos quiera? Que alguien se comprometa por nosotras.

Laila era la única de las tres que había tenido novio. Nos lo confesó sentadas en el salón, durante una lluviosa tarde ante unos cafés.

—Querer es un sentimiento muy fuerte. Pero querer con el alma es terrible. Maravilloso y doloroso al mismo tiempo. Sufres a todas horas y el sufrimiento te consume, te hace desconfiar. Lo peor es que, como la otra persona no ame a tu nivel caes, te caes con lo puesto. Te duele a ti y el dolor se irradia a los demás.

Tal confesión nos dejó perplejas a Amy y a mí. Nosotras, novatas en esto del amor, no pudimos aportar nada y optamos por callar, sonreír e

intentar comprender a nuestra poetisa de corazón roto.

Mi corazón sin embargo seguía intacto, y bombeando con más fuerza si cabe las emociones que lo inundaban desde *Eilan Donan*. Reprimía muy adentro las sensaciones vividas, y cuando por fin habitaba la soledad, las sacaba a pasear. El fantasma me quería. Lo dibujé miles de cientos. Y en todas era el mismo. Su fina cara de manga japonés (no sabía dibujar caras de otra forma), contrastaba con la imagen mental que yo tenía de él. Del recuerdo del espejo ya no me acuerdo. Sólo sé que me gustó. Sólo recuerdo los besos. Y esos besos caldearon los recodos de mi sexo. Fueron bajando muy dentro. Y repasando fotocopias con mis dedos fui haciendo, surcando los siete mares de mis costas, muy adentro.

Hasta que concluyó el crucero cuando sonó el teléfono.

—Hija. ¿Cómo estas? Es que ya no te conectas?

—No mami. (Ufff...)... No puedo estar todo el día... (Ufff...)...Conectada. ¡Tengo que estudiar!

—Ay los hijos... ¡Cría cuervos! Aquí está tu pobre madre sufriendo y tu pasando los días sin acordarte de ella.

—(...)

—¿Qué te pasa? Te noto agobiada.

—Nada mamá. Estoy agobiada por los exámenes.

—Ay hija, que ganas de que vuelvas...

— Yo también tengo ganas de estar con vosotros. Bueno... tengo que continuar estudiando.

— Un beso, hija. Y cuidate mucho. Come, que estás muy delgada. Y lleva cuidado con las tarjetas y el pasaporte... y...

Asi eran los finales de las conversaciones con mis padres. Interminables advertencias y escudos alzados por mi parte. Me contentaba al pensar que, por lo menos eran conversaciones. Desde que llegué aquí a ninguna de mis "supuestas" amigas de España se le ocurrió la genial idea de llamarme o interesarse lo más mínimo por mi. Aunque eso era algo a lo que ya estaba acostumbrada.

Suerte que aquí las tenía a ellas. Desde la excursión no pasaba un sólo día en el que no saliéramos juntas a reforzar nuestros lazos. A clase, a un café, a la compra, de fiesta hasta deshoras. Y no es que Edimburgo fuera la Ibiza de los norteños, pero sí había tabernas donde los jóvenes de

nuestra edad iban a divertirse, y sobretodo a beber.

Apunto esto como prólogo a lo que aconteció durante la noche de autos. Una noche en la que aguantamos bastante bien el tipo. Por lo menos hasta las dos de la madrugada. A partir de esa hora los gatos comenzaron a mutarse en pardos. El veneno se asemejaba al agua y lo peor, hasta los demonios parecían buenos chicos.

Lo último que recuerdo del pub fueron las redes de pesca con la que decoraban los techos, los cangrejos y almejas de plástico toscamente pegados a ellas; las estrellas de mar... Y las risas, la música y los brindis. —"Por la amistad" —.Repetíamos eufóricos. Desapareció Amanda, se esfumó en el aire. Laila intentó arrastrarme, sacarme de aquellas redes, pero yo reía y reía sin parar.

—"One more. Yo invitó" —.Me repetían las voces en un forzado español. Pero yo ya no entendía de acentos. Accedía y consentía, consentía y accedía, y el sagrado día no llegaba. La noche me rodeó por los brazos, se hizo eterna y oscura, tan oscura que no les vi venir. Laila también se fue, no supe adonde. Tampoco me importó. Yo rodaba de brazo en brazo como una peonza, bailando y riendo sin parar. Rizando las espirales como un viento de verano, cálido y agobiante. Así note su aliento cuando se acercó a besarme.

Nunca había estado con nadie, y no planeaba estarlo esa noche. Pero ya no era dueña de mis actos, y menos de mí conciencia. En mis manos aún sostenía algo, una estrella de mar disecada, y antes de que escapara volando quise retenerla. Sus manos corrieron bajo mi camisa, resbalaron mugrosas sobre mis montes virgenes , libres aún de conquistadores belicosos. Sabía que había sido un error desembarazarme de ella, mi estrella. Desabrocharon botones, liberaron verguenzas que mis disminuidas fuerzas apenas podian contrarestar. Recordé a mi abuela y su pequeña casa en La cala. Tambien allí habia una cortina de canutillos como en estos baños. Me aferré a ellos y a su recuerdo, pero los demonios tiraron de mi con fuerza. Buscaban las sombras donde no son vulnerables. Buscaban mi carne, aferrarla y abrirla. Despojarla de vergüenza profanando lo sagrado. Y su tacto era viscoso, blando, enfermizo. Sus cuerpos se retorcian exhalando sustancias, como dos caracoles gigantes. Y en el último momento, cuando ya me vi pérdida y fui consciente del peligro, pedí un deseo.

Y el deseo se cumplió. De lejos le vi partir y en segundos acudió. Rasgó las telas profundas, y la carne desgarró.

—"You're a whore!"—.me insultó.

—"¡Vete a la mierda, hijo de puta, cabrón!"

Sólo sé que no sé nada. Sólo sé que me salvó.

Ahora, días después sólo puedo rescatar retazos sin conexión de aquella noche. La sangre en las puertas. Los brazos amigos ayudando a incorporarme. Mi ropa, apestada de sangre, vómitos y orines fue directa a la basura. Y si hubiera podido echarme yo, también lo habría hecho. Me repugnaba imaginar lo que podría haber pasado si no llega a aparecer... Aunque aún me repugna más lo que yo estuve dispuesta a hacer.

Dicen que en las situaciones críticas es cuando nos llegamos a conocer realmente, y yo, lo cierto es que me había decepcionado a mí misma. Ahora vivo amargada, guardando el secreto de lo que pasó en aquel cuarto de baño, y con la incertidumbre clavada en mi pecho como un cuchillo. Su presión no me deja dormir ni estudiar, apenas puedo ya respirar. Vuelvo a escupir hormigas, y a no dejarlas marchar. A mis padres se lo he ocultado. A Amanda y a Laila casi que también. Ellas solo saben lo que yo he querido que sepan. Aún así Amanda ha tomado como algo personal encontrar y darle una paliza al tipo que se sobrepasó conmigo. Y no dudo que lo haga (su embergadura lo permite).

Aunque nadie sabe que recibió bien su merecido.

Sólo yo lo sé.

Y él. Mi nuevo amigo.

Abril 2019

"□el calor de lo real"

En Escocia como en España los refranes siguen cumpliendose, y si marzo distó mucho de ser ventoso abril si cumplió, regalándonos, mil no, diez mil

litros de agua. Ante tal panorama, las horas libres quedaron reservadas para pasarlas bajo techo, siendo las tertulias nuestra distracción favorita.

Laila, cinefila empedernida, y con gran afinidad por las artes, nos machacó, literalmente, con sesiones de cine de Bergman, Kubrick, Fellini, y por supuesto Nolan y Lynch, sus preferidos. Aunque es ninguna de sus película encontré nada parecido a lo que me estaba ocurriendo.

Ellas fueron las primeras a las que confesé lo nuestro. Él fantasma del castillo; la fascinación que sentía. "Fenómenos paranormales" comentaron riendo, pero no. Yo estaba segura de que aquello que esperaba todas las noches era algo muy normal. Tan normal que sospeché era provocado por mi propia mente.

Pasaba las madrugadas asomada en el alfeizar de la ventana, pero no en cualquiera. En la ubicada precisamente en dirección norte. Justo la que en línea recta daba al castillo (o yo me imaginaba). Los dimes y diretes de mis discípulas no impedían que durmiera con ella abierta de par en par. Y así una noche tras otra, una noche tras otra, pero la prosa no acontecía, y por mucho que la forzara no había tu tía.

Desde luego no era la mía.

Lo que sí recogí gratuito fue un buen resfriado, y de regalo una faringitis aguda que me dejó sin voz. Obvio que abandonara mis clases de canto, también deje él gimnasio. No había fuerzas en mi cuerpo para combatir la enfermedad y a la vez las clases del negro Deejay.

Y una noche desencantada, furiosa cerré la ventana. Pero algo la bloqueó. Quise que fuera él. Lo deseé con todas mis fuerzas. Y □el deseo se hizo carne. Pero solo carne etérea, fugaz y volátil, como una brisa de verano.

Sus caricias me rozaron. En mi boca se posaron, y un dedo de puro viento dibujó mi labio inferior. Realizo tristes figuras, curvas, cóncavas, convexas... Lo hizo pausado, lento, de mayor recorrió él menor. Y mis gélidos suspiros estela a su alrededor.

—Ven conmigo. No te marches. Sola he estado sin vos.

Dulce arrullo su regazo, tibio abrazo sin su voz. Las palabras poseen mi firma, los actos... Esos ya no. Son patrocinio del lobo que a la luna blanca aulló. □Ehismo que me visita, que con fervor marca □el "Do". □El principio de una escala que una vez por mí tocó. Ser la diva de su vida, ser la protagonista ser... yo.

El fantasma tiene porte, es galán y seductor. Con soltura posee más que mi corazón. Abre escotes, sube ropas, baja el pijama a los pies. Las rosas de mí jardín se marchitan del reves. Siento fuerte tibio aliento, lo siento

dentro. ¡Por Dios! Que detenga este gusto, rauda duda religión. Este placer tan humano no es posible sin los dos. Vivos sin vivir en mí. Muertos cuando eyaculó.

De pronto abro los ojos, alerta ante lo que estaba ocurriendo. Ante mí la vasta campiña escocesa, y su viento cortante que se clavaba en mi piel. Una piel blanca, congelada, sin ropa que la cubriera. Solo la interior cubría mi desnudez.

Y me asusté.

Cerré con prisas la ventana, o por lo menos lo intenté. Mil ideas terrorificas se adueñaron entonces de mí. La primera fue dudar de mi cordura. Me avasalló la idea de que no estaba bien de la cabeza. Monstruos, vampiros y el Conde también pasaron por allí.

—¿Qué me estaba pasando? Las cosas que hacía no eran normales. Y menos las que pensaba.

Amanda me cubrió entre mantas. Laila me reconfortó.

—Esta helada la pobre. Hazle una infusión.

Aquella familiaridad me agradó. Me condujo por segundos a España, a brazos de los que eran mios. Y mirándolas a los ojos supe que ellas también lo eran. Esa noche me lo demostraron. Abracé a mis dos amigas al tiempo y juntas compartimos cama. Contemplé, hasta vencerme □el sueño, los ojos caidos de Amanda, dos briznas de hierba en un basto mar de leche. Y en ese mar me perdí muy adentro. Dormimos las tres abrazadas, regalandonos el cariño genuino de quien se ama en la adversidad.

Y la mañana acabó. Nuestra fusión descompuso, pero mis ojos siguieron cerrados, al igual que mi convicción. Ya no quise saber más de fantasmas ni de historias de terror. A partir de esa noche me centraría en lo que se centran todos los adolescentes que llegan aquí de Erasmus: a aprender, a estudiar y pasarlo lo mejor posible con mi gente. Y casi lo conseguí.

Acudí con mis amigas a talleres de todo tipo. También me hice asidua de clubes donde, entre copa y copa se solía ensayar □el *ceilidh*, un famoso baile tradicional escoces. Y así, bailando y bailando, entre círculos concéntricos comencé a forjar mi leyenda a los ojos cansados de los que no están vivos.

Pero no fueron estos los que me interrumpieron. Fue Judith, eterna Judith, la que por asomo asomó por el club. De un tiron me dislocó un brazo,

rompió mi cabeza y cuatro costillas, y cuando no tuve opción confesó.

—Estoy sola. Me siento muy, muy, muchisimos muis, sola.

Y se abrazó a mi pecho, intentando fusionarse conmigo. Pero desde siempre hay compuestos indisolubles, y eso éramos ella y yo. Le supliqué que se calmara, que explicará qué había pasado. Y tras varios estertores,sobre el linóleo vómito a un señor. Era un hombre pequeñito, altanero y orgulloso, que sin decir ni palabra escapó a toda prisa por un hueco en la ventana.

—¿Es tu orgullo? —Pregunté, a lo que ésta asintió.

—Yo siempre he simulado ser mejor de lo que soy —.me confesó— Y tanto he simulado que ahora no sé hacer otra cosa.

Aquella confesión, tan inusitada como predecible, me hizo desarrollar un atisbo de empatía hacia mi paisana española. Yo misma había pensado en más de una ocasión lo mismo al mentirles a mis padres o a cualquiera que intentara abrir una brecha en mi reforzado caparazón.

—Deberías venir con nosotras —.Le dije ofreciendo mi mano. Ofreciendo sin preguntar la mano de Amy y Laila, que desde un rincón observaban. Ella se las quedó mirando pensativa.

No pensé en las consecuencias, ni si estaba pactando con él enemigo. Había visto en Judith algo que nunca vi antes, un atisbo de locura desesperada muy parecida a la mía. Ella y yo eramos en realidad dos avispas que algún día simularon ser abejas (como todas las avispas). Y como tal ahora estaba obligada a socorrerla.

Del tío de Cadiz no se pronunció una palabra. Tampoco salió él tema. Fue, supuse, uno más entre tantos. Pero si él promotor de una serie de amargos sentimientos en Judith que la llevó a ser solo una sombra de lo que fue. Y las sombras son peligrosas. Buscan desesperadas él camino más corto hacia la luz. Y yo, estúpida de mí, encendí un gran faro ante sus morros.

Mayo 2020

"Unete a él"

—Yo también os echo mucho de menos —.le mentí a mi madre— Tengo muchas ganas de que pasen estos meses que quedan.

Al colgar fui plenamente consciente del poco tiempo que me quedaba en Edimburgo. Sentí que las horas escapaban, malgastadas y yermas, y que mucho tenía que andar para poder ponerme a la altura de mis iguales.

Abrí cien ventanas. Consulté a los oráculos la forma de generar nuevo tiempo, de volver siquiera atrás, pero solo hallé muros verdes, impenetrables de realidad. Y decidí quedarme. Dejé libres a mis chicas, y no fue sin esfuerzo por mi parte. De vez en cuando encontraba resquicios de Judith en mi teléfono que contestaba sin ganas, por cortesía mundana. Y liberando los amarres conseguí botar mi nave, quitarme las telarañas o por lo menos aparentar.

Y una noche, sobre mi cama atisbe abierto el ventanal. La niebla se condensaba y □el hielo comenzó a dibujar figuras al otro lado, largas lineas de verdad. Unas lineas que parecían rastros de olas del mar.

— Mi fantasma, no aparezcas. No vengas a verme más. He hallado mi camino habitando soledad. Yo no soy la que tú esperas. Esa que tu hijo fue a dar. Esa murió de pena, esa murió... Sin más.

Mi confesión fue triste, tan triste como los duelos que tiñen de negro las alas de los cuervos en □el duelo. A mi lado se sentó, y de pronto yo sentí aromas de alta mar, de salitre y de jazmín. Muestras que recogió de camino para mí.

Un beso, una canción... malagueña. ¡Porque sí!

— Escocia tiene un olor agridulce de nariz, tiene frío y calor, triste estampa al morir, viviendo como vivo yo, muriendo siempre por ti. Aunque sigas viendo □en "lo".

Una caricia, otro beso. Las lágrimas no son de sal. Son de murmullos y rezos de esa chica ante el altar.

Y ahora comprendo todo. Siempre lo comprendí. Él sabe que esa no soy, él me quiere por mi sí. Por ser sustituta no, por ser de carne y marfil. De carne es por mi cuerpo, y marfil mi condición. Valiosas las dos siento, siendo la última mejor. Y ahora me pierdo en besos, me encuentro en su calor. Cuanta pena, cuanto despecho, soldado que no escapó

Sé que no buscabas princesas, ni cargo ni condición. Que anelabas solo vida, la de aquella que marchó. Y yo... ¿qué soy ante todo?

¿Placebo,incoherencia, error?

Soy humana y fui tu esposa. Esa soy solo yo.

Laila apareció pronto y calmó mimosa el dolor. Aún la prosa seguía cuando la muchacha entró. Y eso que yo no quería seguir queriendo, ya no...

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? —me preguntó ofreciéndome un clinex.

—Nada —. Le dije simulando una sonrisa. La verguenza a la incomprensión aún me lastraba e intente ocultar mis lagrimas, despedirlas lejos. Las vi escapar fugaces por la ventana en dirección norte. Supuse que irían en su busca. Yo misma iría si mis pies no estuvieran tan pegados a este mundo.

—¿Es el fantasma? ¿Es por él?

Sus rasgos eran duros, pero dulces a su vez. Bajo sus ojos mil pecas oscuras apenas se asomaban bajo su piel turca y morena, y por un momento quise ser ella. Un transeúnte más en éste teatro absurdo que es la vida.

— No —.le confieso— Es por mí. Echó en falta la vida que no he vivido.

— Yo echo en falta tantas cosas... Pero, en fin... La vida es ir dejando atrás lo que alcanzamos.

— Pero yo me niego a resignarme. Me niego —Repito enojada sin poder reprimir ni un minuto más la presión de mi pecho—. Lai, tú no lo entiendes, pero por alguna razón sé que una parte de mí quedó enterrada en estas tierras. ¡No me preguntes cómo! Solo lo sé. Puede que en otra dimensión, en otro tiempo, pero yo fui la pieza que le falta al puzzle de Elian Donan.

Laila suspira sin mirarme. Juguetea con unos lapices sobre el escritorio y queda absorta mirando □el paisaje por la ventana.

—Tú no sabes nada. Intentas ser la explicación a todo pero en realidad no sabes nada.

Él silencio se hace un interlocutor más entre nosotras. Nos pide la palabra y se la concedemos. Calibra tiempos, opiniones, deseos, y con meticulosa precisión le vuelve a dar la palabra a Laila.

— Desde que nací, mis padres se han afanado en relatarme todas y cada una de las leyendas y cuentos de estas tierras. Recuerdo que en cierta ocasión le negué mis oídos argumentando que mis orígenes turcos

requerían nutrirme de historias turcas. ¿Sabes lo que me dijeron?

Negué sin pronunciar palabra.

— Que cada uno pertenece al lugar donde planta sus raíces. Era absurdo empaparme de historias lejanas desestimando la tierra bajo tus pies —Una nueva pausa, ésta más larga, siguió a sus palabras—. Y lo que tambien me dijo fue que no convirtiera las historias en realidad. Precisamente las historias fueron una vez eso y por ello son historias. Ahora mírate. Desde que volvimos del norte vives en una fantasía que ha dejado de serlo para convertirse en un síntoma, te hace daño, y está afectando a todo a tu alrededor, incluso a tu propia integridad física.

No pude contener más las lágrimas y exploté.

Laila me abrazó, y con un susurro me dio las claves del laberinto en □que andaba sumida.

—Si no puedes con él, hazlo parte de tu vida. Conviertelo en algo más, como comer o vestirte. Cuando dejes de darle importancia le habrás vencido.

Así lo hice y así guarde aquel regalo, aquella espada en su funda. Su afilada hoja cortaría aquellos lazos de cuajo cuando llegara □el momento.

Pero... También me pregunté si en realidad quería cortarlos.

Junio 2020

"Promesas sin convicción"

El verano de Escocia no tiene nada que ver con □de España salvo en una cosa, en cuanto comienza la gente se apura en quitarse capas. Da igual que de seis aquí pasemos a doce grados, él frío disminuye y es un evento importante en una tierra en la que congelarse por la calle es la tónica común.

Mis chicas prepararon una escapada para celebrar la finalización las clases. Ahora venían los exámenes y dar el todo por el todo. Pero ese fin de semana decidimos tomarlo como una pausa para recargar energía. Y fue en Pitchlory donde lo hicimos, un bellísimo pueblo al norte de Edimburgo. Sus bonitas casas de estilo victoriano, engalanadas todas ellas

de flores, nos recibieron en conjunción con un día soleado, tan ajeno a esas tierras como yo me había propuesto sentirme. Los consejos de Lai me sirvieron de mucho. Me ofrecieron una vía de escape a una situación que se había vuelto insostenible. Aunque, debo reconocer que le eché de menos. Alguna que otra vez salí de nuevo en cueros a mi ventana, intentando sonsacarle a la noche pistas de mi fantasma. Pero la noche galesa también es mujer, y celosa de lo suyo. No compartiría a sus hombres con una extranjera, que eso en definitiva era yo.

Sentadas en una terraza, degustando un riquisimo te con leche,comentamos la loca pero posible idea de continuar. De pedir un traslado definitivo a Heriot-Watt y asentarnos aquí. Seguir las tres juntas el camino de la vida y, quien sabe, formar una familia en un futuro próximo.

—Nosotras lo tenemos fácil —Comento Amy—. Podemos ir a Glasgow de vez en cuando. Pero tú... ¿Cómo le sentaría a tu familia? ¿Aguantarías estar tanto tiempo tan lejos de ellos?

Mi legendario pragmatismo habló entonces por mí, argumentando mil soluciones a tan pequeño problema. Aunque dentro de mi cabeza una de mis neuronas preferidas ya sabía de antemano que nunca podría quedarme. Nunca podría abandonar a mi gente ni mi tierra. Las aventuras están para vivirlas, pero no es recomendable encontrar cobijo en ellas.

—Además... También está tu fantasma —Exclamó Lai con su característica sonrisa torcida de siempre. Parecía estar deseosa de sacar el tema.

—Podéis reíros todo lo que queráis —Indiqué simulando fastidio—. Pero que sepáis que, a pesar de estar muerto, es el mejor amante del mundo —Y para dar mayor énfasis a mis argumentos añadí—. Nunca había sentido sensaciones así en mi vida. Sentimientos tan fuertes que me arquean la espalda y me hacen estremecer cada vez que compartimos mi cama.

Los ojos de mis compañeras se abrieron como platos de puro vicio. No faltaron las consabidas preguntas. La incomprensión se torno leyenda avivando él fuego de la curiosidad. Y esa terraza comenzó a caldearse mientras iba relatando una a una las contadas visitas que el extraño me había ido haciendo cada noche, desde que le conocí.

— Debo reconocer que he mojado las bragas — Exclamó Amanda sonriendo al terminar de escucharme.

Laila, mucho más reservada, se limitó a sonreír. A clavar sus ojos en su taza mientras su mente deambulaba por la balanza de los prejuicios, de lo

real, lo imaginario, y lo políticamente correcto.

—No me crees. ¿Verdad?

La joven turca/galesa me miró de soslayo, posó sus ojos en Amanda y luego volvió a mirarme. A clavarme sus ojos negros, esta vez con fiereza.

—Ni tú misma te crees. Las fantasías están bien cuando son agradables —Aseguró convencida—, pero tú sabes bien que has sufrido con esto. ¡Incluso has estado a punto de enfermar! ¿Cómo es que ahora disfrutas contándonos todas esas mentiras? ¡Son mentiras! Amanda —le recalcó—.¿Es que soy la unica que vive en el mundo real ?

Debo reconocer que sus palabras me irieron. Nunca me había importado que pusieran en tela de juicio mi estabilidad mental, pero el tema que nos trataba me tocaba muy adentro, y por alguna razón, por muy loco que pareciera, sabía que era real. Que había ocurrido. Y lo mejor es que seguiría ocurriendo si yo me lo proponía.

—Venid esta noche a mi cuarto. Es a partir de medianoche. Él solía venir a partir de esa hora.

—Vámonos —Ordenó Laila dejando unas monedas en él platillo de la factura.

—Venga Lai. Será divertido. No te pongas así. Una sesion sexual espiritista. Ja, ja, ja...Será sólo un juego —Comentó Amanda entre risas.

No me gustó que Amy se tomara a broma algo en lo que yo había puesto tanta confianza, pero lo acepté de buen grado si con esa actitud lograba atraerlas a mi tela de araña.

De pronto recapacite y fui plenamente consciente de mi forma de obrar. Me había convertido en Judith. Su forma de actuar, sus miedos, su comportamiento... Toda ella era yo. Incluso su pelo rubio ceniciento ahora era él mio.

Corrí hasta los baños de la cafetería comprobando con horror que no solo el cabello; toda yo era Judith, e ignoraba desde cuando estaba ocurriendo eso.

La noche llegó temprano y nosotras la seguimos. Perdimos el autobús a la uni, y lo poco que encontramos fue un microbus de turistas jubilados que iba al centro de Edimburgo. Muy amablemente cambiaron su ruta habitual, dejandonos a solo una calle de nuestra residencia.

—Hemos tenido suerte —aseguró Amy al cerrar tras nosotras la puerta de

casa—. Aunque a mí ya no me quedan fuerzas para tu fantasma.

Todas reímos ante su ocurrencia. Y me alegré de que no insistieran ante mi bravuconada. No sabia cómo me las iba a ingeniar para atraerlo aquí, con ellas al lado (a veces, ni estando sola venía). Además, también debía quitarme cuanto antes este rostro de la cara. No me sentía cómoda con él. Esa nariz grande y ganchuda, los pómulos marcados, esos ojos inseguros tras las frágiles gafitas de John Lenon... Nada de aquello era mío, y removería cielo y tierra para desembarazarme de todo y volver a recuperar mis rasgos, que aunque no fueran extremadamente bellos, eran los mios.

A la mañana siguiente comenzaron los exámenes.

Fui con Ali hasta la facultad de historia maldiciendo mi memoria, ya que por arte de birlibirloque mi carnet de identidad había desaparecido. Allí la dejé, deseándole suerte, y me encaminé a toda prisa al recuento de alumnos que comenzaba en esos momentos ante □ el aula de mi examen.

Tras la espera, mi nombre flotó entre otros por □ el aire. Alargué la mano para cogerlo, pero otra más rápida se hizo con él.

Era yo misma, Judith en mi forma malvada, sonriente e hiriente. Sin mediar palabra se adentró en el aula de examen, y ahí me dejó, con un palmo de narices, ésta vez sí, las suyas.

De nada sirvieron mis protestas, mis reclamos y mis llantos. Judith me había traicionado al igual que la hebrea lo hizo. Y el caso es que me lo olía, lo tenía más que olido. Recordar sus falsas súplicas sólo sirvió para odiarla aún más. Y por supuesto, de nada sirvió jurar y perjurar al jurado que era yo en realidad la chica de la lista. Ella había sustraído mi identidad, acreditada y todo, y ya nada me quedó salvo mirar por la ventana su sublime actuación. Y es de ley reconocer que lo hizo bien, que incluso mejor que yo. Entre aplausos terminó la función, y saliendo al patio el público la vitoreó.

Me dejé caer en los jardines colgantes, notando humedad en el culo. Y me sentí humillada, desvalida y ultrajada. Como podía ser que alguien pudiera suplantar mi identidad y salir así... ¡De rositas! No lo entendía, y menos aún de alguien que se suponía mi amiga. Pero esto no quedaría así. La esperaría y aún a las malas la obligaría a devolverme todo lo que es mío por derecho.

Y, como era de esperar salió. Y como era de esperar evitó la confrontación.

Fui corriendo tras ella gritandole a viva voz. Sintiéndose acorralada sacó de sus pies cohetes, impulsandola a toda velocidad. Aunque, aún así casi

logro cortar sus alas. Escapó huyendo hacia los canales adentrandose en Dean Village, y creyéndose eterna, creyéndose hermosa, precipitó su cuerpo al canal.

Yo grité de puro espanto. Fui corriendo hacia ella, vi su pelo que era el mío sumergirse en las aguas negras.

—¡Puta loca estúpida! ¡Podiamos haber hablado! Podíamos haber sido incluso amigas. Podíamos haber sido tanto si hubieras existido algún día.

Llegué hundida a casa. Solo sus gafitas pude recuperar, y recordando recuerdos me fui hundiendo en el sofá, más y más, y cada vez más.

Tras años de ausencia, mis amigas comandaron una expedicion en mi busca. Encontraron primero un pie, el derecho para ser específicos, una mano después, y la mano encontró el otro pie, y el resto después. Todas dos unieron partes, las pegaron sin querer. Y aquélla gruta de skay fue mi cuna al renacer.

Mire a Amanda llorosa, llorando miré a Laila, y en conjunto nos juntamos preguntándonos porqué. —¿Qué te pasa chica hermosa? ¿Qué te ocurre? ¿Qué te agobia?

Las rodeé con los brazos, muy despacio, disfrutando del contacto, calor humano circunstancia. A ello llevó lo otro, y lo otro más allá. Nuestros besos diferían de los que una madre da. Nuestros besos eran fuego, eran olas en el mar, que empapaban los pijamas, defensores de unos cuerpos que pegaban al rozar, carne con otra carne, sangre y lealtad. Y Amy se tornó Yma, y Lai Ila sin par. Todas dos, tres conmigo, comenzamos a fusionar nuestros cuerpos al abrigo de las mantas y el sofá.

—Yo te quiero, tú me quieres, todas queremos más.

Mis dedos fueron arpones que hirieron a las demás. Otros tantos se clavaron bien profundo, intimidad, aferrando bien mi carne anegada en alquitrán.

Besos en el cuello, en senos, en los labios, besos donde tú los das. Comeme la boca entera, comete la de las demás. La saliva se hizo divisa, moneda de cambio al juzgar lo que vale un beso sin dueño, lo que vale el acariciar esos pómulos marcados, esos labios de cristal.

Lai se marchó corriendo, fue corriéndose despacio. Fue despacio transformando en sudor nuestros abrazos. Yo la seguí tocando, Amy a mí, ella a ratos, todas fuimos afluentes convergiendo sobre charcos.

Y un vistazo al digital me dijo lo que yo quería. Lo que yo había prometido hace tan sólo unos días. Medianoche en el jardín, magia pura en la

ventana. Al abrir ya consentí que el vampiro mancillara.

El fantasma estaba ahí, sólo él nos comandaba. Escuadron de fieles devotas, concubinas de la parca. Guió mi boca golosa, conduciendola con ganas al espacio intersticial, al rincón de la campana. Amanda soltó un gritito cuando sintió la punzada. Lanza enhiesta, luz oscura, fuerte envío y ella echada. Vuelta del revés viciosa, pálida piel y una hermana. Hermanas unas de otras solicitando tirada. Nuestro turno respetó, fue alternando las ganas de almacenar las virtudes en vasijas ya marcadas. Rotuladas con el nombre de la que montaba a horcajadas.. Pierna arriba, y presión, lujuria, deseo, gemidos. Éxtasis, explosión.

Nuestros sexos, Lai, Amanda... y yo.

15 junio de 1332

Derrumbando mis cimientos

Esa noche entramos en una nueva era. Una en la que se abolieron los prejuicios entre nosotras, y por consiguiente fuimos un poco más libres. Aunque la desilusión no tardó en aparecer. Fue a la mañana siguiente, dando vueltas al indisoluble "nusselweffer".

Mi oscuro reflejo me habló desde el cristal del armario de la cocina. Y no era Judith ni era otra, no había excusa ni farsante a quien poder culpar.

—¡Y ahora qué...! ¿Como vas a ingeniártelas para dirigirles la palabra? Tú sabes que todo está en tu cabeza.

Golpeé con rabia el aparador haciendo retumbar los cristales. A eso apareció Laila, que con una sonrisa me deseó buenos días.

—¿Mal humor? —preguntó al escuchar mi gruñido como única respuesta.

—No he podido dormir —le dije sin mirarla siquiera.

No sabía cómo comportarme. No sabía ni si ella querría volver a mirarme a la cara.

Un fugaz beso en la mejilla me despejó algunas incógnitas.

—¿Qué...? —dije sin saber como terminar.

—¡Qué! — me contestó burlona.

De pronto comenzó a sonar mi teléfono móvil. Lo tenía enchufado al cargador en la repisa sobre el aparador de la entrada.

Era mi madre.

—Ya que tengo una hija que no se acuerda de mí, yo iré a la montaña —me recriminó nada más escucharme.

Los sentimientos se agolparon en mi garganta al escuchar de nuevo su voz. Apenas podía contestar las preguntas que me hacía acerca de mis necesidades en Escocia y mis faltas. Y, sin poder contenerlo más estallé.

—No estoy bien mami. Os echo mucho de menos, y... Aquí... Me han pasado cosas... Yo...

—¿Qué ha pasado cariño? ¿No estas bien? Cuéntamelo. Ya sabes que puedes confiar en mí. Ahora mismo le digo a tu hermano que se ponga a mirar vuelos y mañana mismo nos plantamos ahí.

Quería verles. Pero, por otra parte me horrorizaba solo la idea de interrumpir lo que estaba comenzando ahora en aquel apartamento de la residencia. Nuestra unión, intimidad... ¿Amor? Tampoco lo entendía. Mi mente estaba confusa, y reaccionó con lo primero que llegó.

—Judith ha desaparecido. Se cayó al Water of leith. Es un río que pasa por la parte antigua. Yo misma la vi caer y...

—Cariño, cariño, vamos a ver. Calmate. ¿Quien es Judith? ¿Es una compañera de ahí?

Aquella pregunta me bloqueó. ¿Cómo era posible que no supiera quién es Judith?

Ante mi silencio, mi madre prosiguió con algo que ya estaba temiendo.

—Cariño...¿Te estas tomando la medicación? La doctora ya te advirtió de lo importantes que eran las recaídas.

—Yo... ¿Quién soy yo, mamá?

Mi madre soltó un sollozó. Fue lo último que escuché de ella antes de que

Laila me arrebatara el aparato.

Su ternura me conquistó embrujandome de nuevo. Acarició mi mejilla con la suya, y el suave roce de su piel me hizo estremecer.

De lejos aún escuchaba el murmullo de alguien familiar que parloteaba sin parar cosas sin sentido. Mi Lai terminó con aquello solo presionando un botón.

—Recuerdas anoche — me dijo—. Fuimos ángeles sobre el suelo.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral cuando sorbió mi cuello con su lengua. Escupió mi pelo de manera traviesa provocandome una sonrisa y venciendo toda defensa por mi parte. Me dejé llevar contra la encimera de criptonita y desde atras aferró mis dos conos de helado bajo la camisa, que se derritieron entre sus dedos.

Continuamos así el ritual que comenzaron anoche mis lágrimas. Ritual de apareamiento. Boca con boca, labio sorbiendo labio. Pijama abajo y piernas abiertas. Toda una coreografía estudiada y caliente como el fuego que me quemaba por dentro.

Laila apretó su cuerpo contra el mío. Lo frotó con fuerza tras de mí, formando las dos una "LL" invertida.

—Si fuera un hombre te follaría —.Susurró a mi oído mordisqueado.

No dije nada. Opte con tapar con mis gemidos sus palabras. Permití aquel juego de manos y la dejé maniobrar a su gusto, y al mío. Necesitaba eso. La necesitaba dentro, fusionándose a mí, como un cargador de un móvil años apagado. Y el erotismo era mucho. La pasión derramaba nuestros fluidos pegandonos los dedos en nuestro particular juego.

Pero... algo no cuadraba.

Lo intenté de todas las maneras, arqueé mi espalda permitiendo que mi cuerpo fuera un túnel con curvas y sólo una entrada. Pero nada.

La prosa no acudía. La poesía rehuía los pasos de mi aliada.

—Dejalo. No puedo —Confesé a la nada—.

No habia nadie allí. De nadie estaba el apartamento a rebosar. Y fue la vez primera desde que entre a vivir en la residencia que sentí pena. Mucha pena por mí. Y la pena se volvió rabia, ira y rabia contenida mucho tiempo y a punto de estallar.

Maniobré mi cuerpo sobre la fria superficie. Escuche vidrio romperse. Daños colaterales de un secuestro con rehenes. Froté con furia al culpable. Torturé la tela con ganas. —"¡Canta, maldito, canta! ¿Quién te envía? ¿Quién te manda?" — Y el culpable no cantaba. No confesaba su falta. Aparté a lado la braga, la rompí por el ultraje de encubrir al que se esconde por cometer pillaje, por matanza y por venganza lo asfixié. Bien lo sabes. Con las piernas apretadas, bien abiertas y encorvadas, estalló pleno mi sexo fuertes aguas, cataratas, mojando todo el cuarto de agua de mar salada.

Cuando el aliento volvió, solo lo dulce quedaba, nada feo, nada absurdo, sólo ver bien su mirada. Fantasma, dime tu nombre.

—Fantasma, sólo fantasma.

4 de Julio 2019

La niebla de la independencia

Sobre la cama de Amanda nada, ni en sus armarios. De ella sólo un sobre sobre la almohada. Ella lo dejó como las últimas palabras de un condenado a la horca.

Lo tiré a la basura. No me atreví a abrirlo. Calculé que sólo pondría banalidades. La universidad a la que iría, los proyectos, nimiedades. Sólo vacua despedida, pero faltarían las verdades. Los sentimientos son pájaros que se adentran en el mar en busca de alguna isla y no los vemos jamás. Laila igual, esfumada. De su mano ni una carta. Sólo restos de cartones, pelusas y el silencio, que menos significaba, sólo nada.

Salí al rellano a respirar aire fresco. Lo necesitaba. En el campus se dejaba notar el ambiente de partida, de marcha. La mía también estaba próxima: mañana. En esos precisos instantes volaban hacia Edimburgo. Los dos en esencia, solo una presencia. A ayudarme con la vuelta, o eso prometían. Lo cierto es que ella sabía que yo lo sabía, y su escusa era una almohada para amortiguar mi caída. Vuelta a casa, vuelta al agua, a las terapias sin descanso y a los juicios de faltas. Pero con una gran falta. Faltaba tanto en mí. Faltaban fuertes miradas, abrazos, besos de más y una servil coartada. Y tú, fuera el que fue fantasma.

—"En España lo intentaría "—me engañé al ir horadando los pies en la fina grava de la acera helada, encharcada en escarcha. La misma que circundaba la que había sido mi casa durante estos últimos meses. Fuera de aquí las paredes de otros centros, y más lejos nuevas paredes en las

que enclaustrarnos de por vida, hasta que un día la muerte haga acto de presencia y nos muestre la salida.

Pero sonreí al levantar la vista. De regocijo esta mi alma servida al haber participado de lo que pocas en vida. Fui amante y fiel debota de algo que tanto coloca como la mejor de las drogas. Y aquel consuelo me hizo fuerte, y preguntarme si, por algún casual, pudiese sin más ni más ser simplemente la otra. Remendar un by-pass en esta estancia tan loca de mí vida en libertad. Unir caminos sin más y que sean de color de rosa. Pero no este rosa mustio de mis manos al tocar esta estatua de sal de mi más afectuosa.

Y así la descubrí, en aquella mañana nublada. Mi Laila, morena clara de fuertes convicciones y sin embargo cansada. Sus rasgos tan delicados no podian disimular la amargura de la sal de volver la vista atras.

—Quizás se quiso quedar conmigo—. pensé al rememorar aquel te de aquel bar.

Pasaron dos helicópteros pero no consiguieron partir la espesa niebla que lo cubría todo. La misma que rodeaba a mis abuelos, y ahora a mi padre. Fueron dos sombras oscuras rugiendo fuerte como un par de dragones hambrientos. No temí avergonzarme al llorar ante su presencia. Mis milagros no eran de su incumbencia, ni los suyos para mí. Yo buscaba como ellos, pero cosas diferentes. Y el sudor de mí frente hizo mella en mi perfil. Surcó dos líneas iguales paralelas, no cordiales, que anunciaron que no pasa igual el tiempo en casa que el que pasa en plena calle.

Envejecí. Eso sí. Y el terror que me produjo no pudo ni por asomo arrancar mis ganas de cuajó de mandar todo al carajo y disolverme en el humo.

Y si hoy celebraban la independencia en otros lares, yo me permití la licencia de abandonar la consciencia y perderme entre estos mares.

5 de Julio de 1332

Universos paralelos

En el suelo un cruz, malva en fondo de gules, y unos ojos azules deshaciéndose en lágrimas. Nunca quise levantarme, nunca quise ver virtudes en las penas más mundanas. Miro esos ojos cambiados, y una

infinita pena. ¿Y este lugar, y ese espejo? ¿Y los abalorios de hueso?

Soy la otra, y no es de ley reclamar en propiedad a quien va a servir al rey. Triste mujer montaraz, sin cuna ni lecho ardiente, lucha y aprieta los dientes por aquel que fue a perder.

Es motivo de desvelos, de tantos y tantos vuelos, pero tristes de verdad, ese ir sin pisar el suelo, universos paralelos que recorro al buscar, y que por fin encuentro, deshecha entre siete velos a la pobre Khalida.

Leona de cuerpo ardiente, inmortal necesidad, fue tuyo el noble Guzmán aún esposado con veinte. Y aún, contando otros veinte, y otros veinte más, en su lecho esperarás teniendo el "no" en la frente.

Muerta está de tristeza, de lágrimas ya está hecha pero no abandonará. Es su puesto y su lugar, este donde ahora está, donde plantó su simiente, donde ahora es inmortal..

—"Alguna vez será " —le susurra al espejo, rozando esos dedos viejos a los míos tras el cristal.

Siento que voy perdiendo la cordura. Abandonada en la calle veo pasar las nubes sobre mi cabeza.

—"¿Cuanto tiempo llevaré aquí?" —me preguntó constatando la soledad que me rodea. Nadie por aquí, y nadie por allá. El campus está más vacío que mi corazón. Pero ese vacío nada tiene en comparación con el terrible ahogó que siente esa muchacha hacia él. Hacia su ausencia que la condenó en vida a ser un simple poste informativo. Una posesión que olvidó en su tierra y el moho la corrompe. Eso es Khalida. Y ella soy yo. Por alguna especie de unión ajena al espacio y al tiempo hemos unido nuestras manos en busca de aquel que nos dio la vida. Y ahora, tras encontrarlo me doy cuenta de que también nos la quita. Con cada segundo, con cada roce que nos otorga, un trozo de nosotras se deshace, pasa a formar parte de ese plano espectral en el que él habita. Un reo compartiendo celda, eso es él. Un bastardo egoísta, eso es en realidad.

De pronto, el recuerdo de mi madre traspasa raudo mi cabeza como un relámpago.

—"Las tres" — hora escocesa, me digo incorporandome—. Aún queda una hora para que llegue. Debe estar volando, recorriendo Francia, o el canal de la mancha. Y tras una rocambolesca suerte de estrategias consigo trazar mi último plan para atraerlo aquí. Mi último adiós al fantasma

escocés.

4 de julio de 2019

Fracaso al fracaso, polvo al polvo

Termino de cerrar las piernas echando a perder la trampa que había preparado con tanto ahínco. Ni mi cuerpo ni mi esencia han conseguido atraerle hasta aquí, y debido a esto maldigo mis pocos recursos.

Mi equipaje aún sin recoger descansa desperdigado sobre la cama, suplicando si cabe algo de actividad por mi parte, pero yo aún sigo aquí echada, sobre mi encimera favorita. Experimentando quizá lo que se siente sobre un sepulcro verde. Aunque quien espera de esta guisa no desespera como yo, pensando si era mi libido la que atraía a la bestia, o si sólo era un suceso aleatorio que yo misma he ido provocando con mi locura.

Mis nalgas están heladas, y mis pies dormidos, pero aún así he resistido durante millones de años el meteorito fugaz que se incruste en mi interior y extinga la poca vida que hay en mí.

Hasta que finalmente dejo de resistir.

Mi paciencia tiene un limite, y siente desilusión. Asco y perversión castrense de algo imposible que me emperro en rescatar de un olvido que merece. Aunque tú no, Khalida inmortal. Tú no merecías tu destino y ahora vagas en pena sin castillo ni cadenas. Suspirando una mano amiga que te diga lo que fue de tu Guzmán. Valiente Guzmán el bueno. Bueno para huir, diría yo. Estupendo para dejar atrás personas y sentimientos que parecían importarle un huevo.

Me abrocho los siete botones de mi camisa y uno más mi pantalón, y de nuevo blindada decido renunciar. Mi maleta es lo que tengo, y mi "yo" es lo que soy. Y la prosa la abandonó en el cubo de la basura, del que nunca debió salir.

Pero... ¿Qué es eso de ahí? Me sorprendo descubriendo una trampilla en

el fondo del armario del fregadero.

No dudo en abrirla, rebelando una estrecha escalera de madera pintada hace años de un blanco desconchado. Más abajo soledad, y mas abajo verde prado, una pared de ladrillo que se extiende al mismo cielo, al mismo infierno y un solo misterio. Un misterio en él que me sumerjo voluntaria esperando no acabar este episodio de mi vida. Pero eso es algo ajeno a mí. No controlamos el tiempo a pesar de desearlo. No controlamos los acontecimientos

Pero podemos inventarlos.

Febrero 2015

Yo de todo te doy.

El muro de ladrillos pintados de verde se extiende hasta el infinito a través de mi ventana. En mis manos varios gajos de mandarinas invaden con su característico aroma la habitación. Me como una, pero no cuento veinte. No se me está permitido. Mi terapeuta así lo tiene prescrito, y su palabra es la ley.

Lo cierto es que me gusta frecuentar estas cuatro paredes. En mi zona de confort es en la que realmente resido y soy quien soy. Afuera la noche alberga horrores y doblega mi mente hasta él subsuelo y más allá. Sólo una vez por semana saco obligada mis cuernos al sol.

—"Es bueno que lo hagas. Que tú sola des los pasos necesarios... " — persistente cantinela que escucho jueves tras jueves en esos momentos de controles de cordura que tanto gustan a todos.

Yo soy como soy yo. Y no me interesan las ideas ni los mitos lejanos de otros ajenos a mí. Mi culo es mi bandera y mis miedos mis fronteras. Pero dentro de ellas nada ni nadie puede contradecir a la cruel dictadura que yo misma me auto impongo.

Judith es hermosa, presumida y vanidosa. Con ella siempre acude la prosa, y no es por ser sumisa rosa. Es porque ella siempre ha representado lo que yo nunca he podido alcanzar. Una profesional de prestigio, licenciada en psicología y pedagogía, señorita de alto estanding con un buen trabajo, amada por todos, en especial por su marido, un rubio escoces de rasgos duros y afilados. Es a él a quien guiño el ojo al pasar a la altura de su vivo retrato en la consulta. Me gustaria... Que digo me gustaria, me muero por tirarmelo de la forma mas lasciva posible.

Enroscarme en sus piernas, en su pecho. Notar su calor e irradiarme con él, y finalmente, una vez ganada su confianza, clavarle los colmillos cargados de veneno. Invadirme con su cadaver. Apreciar con mis musculos vaginales la rugosidad de su cuerpo desprovisto de vida y correrme una y otra vez montada en él.

Soy un producto del sobreseimiento paternal y el sindrome del huevo. Y de ello insiste en librarme mi buena Judith. Mi antítesis y mi eterna rival. Como tal acudo a ella servilmente una vez por semana a que me lobotomice el cerebro. Por ella me regocijo en mi propia frustración. Invento cuentos de miedo que aterrorizarían a cualquiera, pero a ella solo le provocan un leve cosquilleo. Un escueto apice que apuntar a mi ya dilatado historial neuro-obsesivo.

Este jueves me sorprende con la fabula del autobus. Los tres persistentes pasajeros de ese autobús que cada vez me cuesta más dirigir. Que derrapa en las curvas y se pierde en los caminos. Y son caminos que conozco, pero sin embargo confunden. Ando confundida en vida, que no muerta. Desde atrás les escucho cuchichear, criticar entre dientes y abrir brechas por las que me voy desangrando. Quiero librarme de ellos de alguna forma, hacerles bajar y que se piren de una puta vez, pero ya es imposible. El que aquí entra ya no sale,como salen mis manos a traves del cristal cuando estrello el vehículo insistentemente contra los arboles de la cuneta.

—¡No! —me recrimina mi terapeuta.— No cambies la historia. A ti no te esta permitido cambiar los parámetros que te han sido cedidos, al igual que a un pez no se le permite cambiar los depredadores de su zona.

—"Yo puedo hacer lo que quiera, perra inmunda."—exclama mi alma sin voz. Yo puedo ser ardiente lava y ser suave ola de ultramar, pero nunca, nunca jamas podrá nadie encerrarme en un frasco para ser ninguneada por masas de gente informe.

— No hacemos avances con esa actitud tuya —me reprende —. Él próximo día debes traerme estos lazos unidos. Será él ejercicio que nos una definitivamente.

Recojo sus limosnas y las lanzo a la papelera delante de sus narices. Acto seguido emprendo la huida iracunda, sin dar tiempo a reacción.

—¡No hemos terminado! —Es lo único que acierto a escuchar antes de alargar mis piernas. Por un momento me asalta el temor de ser enlazada cor el cuello por aquella experta cowboy, pero no. Consigo escapar. ¡Ella se lo pierde! Mi amistad no termina de encajar con esta extraña relación entre nosotras.

No me entretengo más, ni huelo las calles como otras veces. Llego a casa y entro a mi habitación dando un portazo que se transforma en una gigantesca "O" sorda.

Gracias a ella atravieso el portal a mi mundo.

—Ya te has enfadado otra vez con Judith —adivina mi madre, mi bruja particular. Su sola presencia me reconforta. Me abre caminos cerrados y en su regazo me siento invencible. Pero no hay más ciego que quien no quiere ver.

Tras el umbral alcanzo a vislumbrar los angulosos rasgos de mi padre. Aparecen durante un segundo, y al saberse descubiertos emprenden la huida.

(Le odio)

La puerta es mi frontera y el limite que ningún hombre debe cruzar, y él menos que ninguno. Él año en que murió nuestra confianza nacieron montones de crisálidas sobre la tumba que ha de contenerme.

Confianza es cordialidad entre pares, pero cuando ésta se entremezcla con aditivos indeseables se transforma sin querer en libertinaje. Y eso para una muñeca de trapo indefensa es igual a ser vejada, rota y deshecha observando como el algodon de mi relleno cae sobre el terrazo.

Ya no queda relleno dentro de mí. Solo una cubierta llena de remiendos y moratones que yo misma provoco.

Que tú provocas.

Pero mi nombre suena tan bien en tu boca...

Abril 2015

Vacios horadados

Reforzando los lazos sociales se puede pasar un minuto, o mil vidas ajenas al mundo.

Es solo una opinión, algo oscura, pero banalidad, nada importante. Tonterías que condenan a personas, no por ellos los duelos comienzan con

un guante.

—¿Y si te digo que no? ¿Y si te digo que solo quiero estar sentada en mi ventana de ladrillo verde?

Nada se puede contra el poder oscuro de la burocracia. Te sumergen de cabeza en un mar negro angustioso, e incapaz de respirar ves pasar tu vida ante tus ojos. Un poco insípida, tal vez, un poco sosa. Es curioso con la sal que tengo a mano. Y cuando crees no poder estar peor la ves venir. Una sombra gris en mitad del horizonte, un cetáceo enorme que la distancia falsea con decenas de rostros pobres, celureos y melancólicos. Y en lo profundo está él. Jonas en la ballena.

Y a él me aferro de veras para evitar seguir el curso del camino deglutido.

Y él me mira. Y él me llena.

Mayo 2015

Explorando una chica, una mujer

Pasemos más tiempo juntos. Compartamos los recuerdos de una vida. Son recomendaciones que se le hacen a una y que una no puede delegar.

Mi familia es una granada que una vez se desgajó, y que ahora cuesta horrores unir. Y lo intentan, y lo intentamos, pero siempre algún trozo sale despedido al acoplar otros. Este viaje sin más, es un intento más de engarzar lo inalcanzable. Recuerdo aquella película en la que el viejo científico se hacía por fin con el pendulante cable del enchufe, y que allí, colgando en las alturas, comprobaba horrorizado como le era imposible enchufarlo por falta de extensión.

Así me sentía yo, recorriendo aquel terreno yermo que una vez fue un hermoso jardín y llorando por los que no están.

—Riete niña, no llores más. Que a mí me aflige él verte llorar —. Cantaba mi hermano y mi único amigo, ahora con ocho años y con los zapatos embadurnados de barro. Yo tenia once, y mis expectativas ante la vida no salían de correr cantando por aquel prado de mis abuelos. Cuando eres niño te crees que todo dura para siempre, pero la vida tarda poco en mostrar su mano dura para hacerte comprender lo contrario. Solo unos años más. Solo unos, y te das de bruces con la vejez, la enfermedad, y el

inexorable destino que cuelga sobre nuestras cabezas, como espada de Damocles.

—Hay tratamiento. No se acaba el mundo aquí. Al contrario, empieza.

Empieza y empiezas a ver caer las piezas, y al principio las encajas con ánimo, como si fuera una labor de coser y cantar, pero... ¡Ay amiga! Enseguida comienza a ponerse la cosa fea. Los cuadros azules no encajan en las "eles" verdes y amarillas. Y él tiempo pasa... Y no vuelve. Y la unica que te falta nunca termina de salir, a pesar de tener guardado un leve atisbo de esperanza. Pero al final ves llegar lo inexorable. El suelo desaparece bajo tus pies y caes a la cruda realidad, y comprendes al fin que tus padres son finitos. Todo lo es. Los abuelos ya se fueron y tus progenitores ya no son los de antes. Tampoco yo lo soy, y sentía admitirlo. Pero era así. Los "nos" rotundos dan paso a la rabia, y ésta a una especie de trapicheo informal con el tiempo. Pensando quizá que tenemos el poder para hacerlo.

Pero no. Lo admites sin más y todos en conjunto formamos una especie de cojín con □e que preparamos el golpe amortiguado, y como éste es lejano te acomodas, no olvidas, pero lo llevas bien. Crees en la magia, como si la magia existiese, y te haces maestra de lo arcano.

Y al final es como su no hubiese existido. Planeas tu vida sin tenerlo en cuenta. Bailas, bebes y ríes. Y un día sin más, ves flotar la sangre. Perlas Rojas submarinas.Te sorprende cuando ya de sobra lo sabias. Su tortuoso camino te rodea y tiñe de ocre la playa de tu vida. La playa de la tristeza. Y algo de ti se pierde, una lágrima. Y por mucho que la busques nunca la vuelves a encontrar.

Te resignas. A fin de cuentas no has sido la única en perder algo así. A muchas personas les ha ocurrido y siguen viviendo.

Pero la pena es muy grande.

"No hay suficiente pena, ni tristeza más veraz que recordarlo marchar en escuadra con sus teas."

Junio 2015

Hermanos del laberinto

No estoy sola, y eso me reconforta. "Hay siempre alguien que piensa en ti." Ésta frase no es mía. Es obra de mi terapeuta. Y es una de las pocas cosas que me han mimado desde que estoy con ella.

Hace calor fuera y también dentro, pero lo segundo nada tiene que ver conmigo. Solo mi cuerpo se expresa con normalidad, como mujer adulta que soy. Lo demás se expresa en idioma venusiano, difícil de entender.

No son pocas las miradas, los gestos, incluso abrazos. Nos queremos sin conocernos porque somos todos víctimas, pasajeros de un sistema marginal que nos separa. Y Jonas menos que nadie. Reducido a la mínima expresión espera, como un pajarillo herido, en un rincón junto al árbol, el mismo que le dio la vida y desde lo alto le va quitando. Me mira sonríe y escapa volando. Los otros le critican a escondidas, le acusan de ser extranjero, y él solo pía al viento que le trae ecos de sus padres, de muy lejos, de más lejos.

Cosemos trozos, retales, pegamos cuadros. Restauramos lo gastado simulando ser nuevo. Entre todos conocemos la salida. Pero salir nos importa un huevo. ¿Para qué salir corriendo si la condena la llevamos dentro?

En esta escuela taller, en este centro, he constatado certezas, de lo mio y de lo nuestro. Por ser desequilibrada se nos tacha, y no lo niego, pero soy una persona y eso, en teoría, no es cierto. Jonas, mi chico mostaza, mi triste chico muerto. De él me atrae su tristeza, pero no su físico cuerpo. Si fuera por ser un hombre lo sabria, lo hiria sabiendo, pero quizá solo sienta el calor, la luz negra que lleva dentro. La misma que acaba con las polilla dejándolas sin aliento.

El cuero negro delata, simula ser extranjero. No oculta la tela verde, miradas rebotan ciento. Pon tu beso en mi espalda, ponlo donde yo pueda verlo. Somos animales tercos, densos, como el muro al que me enfrento. Manos y piernas abiertas es ecuación, nunca da cero. Sobrevuela las fronteras, pasión, montañas, murallas de convento. Abro puertas y consiento que me toques, pero advierto que seas gentil con tu presa, que me muestres tus talentos.

Son esas y muchas cosas que compartimos, secretos, aunque no dejen de serlos al trasplantarme tus besos. En un rincón hay mas de ellos que en el

mejor de los cielos. Ni las miradas furtivas pueden saber de lo nuestro, no ahora, solo un poco, dejame alcanzar anhelos. Ensucia el centro de dia con la noche de los muertos.

De muertos y de penurias yo hace poco que entiendo. —¿verdad papá? ¿A que sí? A que hace poco que entiendo...

Junio 2015

del caracol dentro del caracol

Llueve.

Serpientes de agua caen por los canalones hasta estrellarse en la acera, donde brotan rios alrededor de mis zapatillas de lona. Al otro lado resuena el bullicio amortiguado de un día de mercado pasado por agua. A pesar del clima adverso los comerciantes han dado una muestra de fe acudiendo servilmente a ofrecer sus productos a los escasos clientes que, a toda prisa, realizan el consabido itinerario hasta el puerto.

Rebuzno enojada al ser cegada de nuevo por el vaho en mis enormes gafas. Las odio. Desde niña las odié, pero ahí siguen. Como lapidario testimonio de mi vida a este lado. Y de este lado al otro lado hay tan poco... Solo una fina barrera como la pared efímera de una pompa de jabón. Pero aun tan frágil me resulta imposible romperla. Sigo empapada, helada y nublada la vista, observando a la anciana vendedora de ajos realizar su bucle infinito. Siempre ha acudido puntual a su cita. Todos los jueves a la misma hora realiza el acostumbrado paseo entre los otros puestos. Habla con unos, con otros, banalidades, bromas para llevar mejor la mañana... Pero ella sabe que algún día no acudirá. Ella lo sabe como yo, pero sin embargo nunca baja la mirada. La mantiene erguida y altanera, orgullo de su raza y posición.

Que envidia me da.

Yo sé que no existen los milagros, y que igual que llegué me iré. Desnuda como un animal que soy a la espera del sacrificio. Y si guardaba algo de luz en mi vientre, una minúscula célula de vida en mi matriz, pronto me será arrebatada. Mis padres dan el sumo consentimiento. Los gritos en el cielo han pasado a una tibia calma chicha que no augura nada nuevo. No es extraño lo que pasa, no es nada del otro mundo. He follado y soy mujer. Nada pasa ni ha pasado. No se acaba la galaxia ni hay que llamar

abogado. Ellos mueven resortes, al margen son empujados. Me embarcan siendo auspiciados por lo nulo, juicios nublados, como éste día nublado. Nublado y triste como lo está mi ánimo enroscado dentro de esta concha de caracol. Una concha que presumo de inquebrantable y que una simple gota de lluvia puede perforar.

Camino despacio. Soy caminante, pero el camino no se dibuja al andar, se difumina obligandome yo misma a olvidar de donde vengo. Como un reo de camino al patibulo imagino la escena, me pongo en mi lugar, sentada en el potro, piernas arriba y dejando que los demonios extraigan toda feminidad, madre e hija juntas en una se van desagüe abajo, y solo quedara esta concha vacía que se va.

Que se irá.

Junio 2015

La resignación de una pluma

Los días venideros trajeron conmigo pesares, remordimientos, retorcidos amaneceres. Necesitaba alejarme de cualquier lugar que no fuera mi ventana con ladrillos de pared verde. Permanecer frente a ellos, más allá de las leyes. Las mismas que consienten matar y ser matada. Ser ultrajada legalmente.

La helada vieja brisa me ayuda. Es la única que lo hace. Me empuja a deshinibirme y darzar con las puntas de los dedos sobre el alzeifar de la ventana. Un paso, dos, una vuelta, arriba la pierna derecha. Recoger presa cintura, hacer como que silba el viento que siempre invento. El viento de las novelas. Ese que siempre trae recuerdos y aromas de frutas rojas. Ese que nunca es cierto, color rojo amapola. El rojo de la compresa, rojo vivo sanguinolento. Es un rojo que impresiona.

— Pero solo será unos días. Pero solo será unas horas. Pronto dejarás de serlo y pasaran sobre ti las olas.

Claro está, no me enojo. Y en este mar que me invento me ahogaré, porque es lo que más mola.

—Ya estoy bien. Ya no invento... ¿La he convencido... señora?

Julio 2015

La entrada de la solución

Repaso caras, analizo. Salto y estampó mi sello en su rostro, pero nada... Nadie parece inmutarse. Solo un "me gusta" contesta a mis llantos de suplica.

Quizás mis años gloriosos vayan pasando factura. Ya no soy una niña ni los hechos travesuras.

Intento comunicarme desde esta nave espacial. En el espacio no hay nada, solo vacio sideral. Solo de ausencias que escapan, solo un vacío manual. El que explicaba valores y logros. Todo perdido, frugal, como esas aves de paso que vienen sus nidos a colgar.

Literatura barata, Pura basura... Madre, me pincho lo que hay que pinchar. Finas perlas en mis dedos, rojo oscuras caen, resbalan, se pierden sin más.

Con las mejillas coloradas sorbo los mocos y lagrimeo. Lloro por todo, lo sé. Pero nadie debe saberlo. Yo soy fuerte, decidida. Mi fachada de puro hierro. Y todo el que se despide intenta buscar una brecha, un punto débil en la estructura que derribe esta fiel coyuntura, estos andares bien tiesos.

Los amigos que yo tuve se perdieron con el tiempo. Solo queda la familia para ponerme freno. Y si soy sociable, por serlo. Y si no... ¿por qué no voy siendo? La cuestión es que siempre pierdo. Todo lo que voy perdiendo se torna costra, supura, me va destrozando por dentro. Y cuando no puedo más estallo. Despido mis trozos bien lejos. Y uno de mis trocitos se encalla en la pared de yeso. Esa pared de ladrillos verdes como el musgo seco.

A esas tierras de musgo voy, madre. A perderme en los abetos.

Septiembre 2015

como yo te hice fantasma

Todo es nuevo para mí. Todo cambia con el tiempo. He inventado un lugar en el que perder mi mente, y aunque soy consciente, pierdo y me vuelvo a perder, queriendo aparentar lo que se espera de mí.

—"Hemos hecho grandes progresos con ella" —escucho decir a Judith. Y lo cierto es que yo misma me lo creo. Siento lo que hay que sentir. Al principio lagrimeo, camino acompasada entre muros, personas que se ondulan, gelatina helada. Un sedante colectivo que me absorbe sin poder hacer nada. Me resulta repulsiva, pero sabiendo el rechazo que supone el que yo la repudie, acepto integrarla en mi vida, rozarme con esa masa viscosa e incluso no inmutarse cuando alguna de esas sombras que en su interior habita cruza una mirada conmigo, incluso una palabra.

En estas tierras norteñas me he sentido abandonada. Grandes mitos cayeron de los altares que yo misma planté. Dislexia, esquizofrenia y autismo. Mis amigos en este viaje. Amigos, que no perdiendo. Se arriman cuando interesa. Cuando no me dejan aquí, a mi suerte entre estas telas. Como cambian los momentos de consuelo en la casa del cambio. Ahora los que cuento son cero. Todo es extraño y se pasa, dando bandazos se pasan. Y cuando no quede nada me encierran, nuevamente encerrada. Qué culpa tendré yo de ver la vida sin ganas.

Una visita sorprende, una luz inesperada. Jonas, mi dulce Jonas con el que me tienden trampas. Y yo , imbécil de mi caigo. Pico el anzuelo y claudico. Todo el ladrillo templado cae ahora hecho añicos. Fachadas caravista derrumban actos impulsivos.

—¡Vámonos Jonas! ¡Juntos marchemos corriendo! —le apremio.

Pero nada. Permanece como un pasmarote con una visible erección. Un reflejo que no es otro de un recuerdo del amor.

Cierro corriendo el pestillo. Planto guardias en el portón, pero débiles centinelas , no aguantan un empujón.

Rompiendo el sol me oculto. Arrastro a mi partenaire. Les escuchamos entrar, son esas sombras de bultos. Pronto entran, vociferan. Gritan aporreando, todo lo que encuentran lo terminan destrozando. Mi cuarto era sagrado, todo él mi territorio. Con antorchas digitales acorralan a

estos novios.

—Hazlo Jonas. Hazme tuya. Dame presto tu alegria, el regalo del aliento. Rompe y aferra mis muslos, levantame los cimientos. Dame a probar la ambrosia, de los cielos sinfonía en el suelo del armario.

Un dueto a dos manos, otras dos buscando apoyo. Y el vaivén del placer, gemidos, y unos ojos me descubren cuando follo.

—¡Parece mentira! ¡Cerda! ¿No te da vergüenza? — me atenazan dos tenazas de mis dos muñecas rotas. Y me empujan contra el suelo, intentar ponerme la ropa.

—¡Jonas! ¡No, Jonas! — le grito queriendo parecer más loca. No nos dio tiempo de más. Nadie nos recordará cuando no suenen más notas.

Pero es el deambular sin rumbo, es la rabia mas idiota la que no nos impide un bis a bis partiendome a cambio la boca.

—¿Cómo has podido hacerlo? ¡Como has hecho tal cosa?

Me incorporo, limpio magulladuras, con un suave desden frotó mi mejilla rota. Ya acabo todo contigo. Ya nunca me dañarás. Porque a partir de este día voy a olvidarte sin más. Volaré sobre tus hombros. De menos te echaré, y danzando por la ventana mi cuerpo veras caer.

Octubre 2015

la llave de mis silencios

Observo de cerca el cristal, no el paisaje de detrás. Es la superficie lisa la que llama mi atención. Afuera hace frío y llueve, pero adentro, aquí dentro no. Veo ríos desdoblarse, correr rápidos caminos y perderse río abajo en busca de su destino.

Mis compañeras de cuarto viven, o eso creo yo. Caminan de puntillas alrededor mio intentando maldecirme, sacando de donde no hay, espiando mis andares con sus aracnidos ojos. Estudiandolas disparo sendos dardos asesinos. No quiero a nadie cerca, a nadie necesito, que tienda telas de araña y enrede mis caminos. Solo quiero pasar página, no creer lo del destino.

—Hola. Me llamo Amanda —Asegura hablando una más, otra loca.

Me hablan y se equivocan. Ni entiendo ni te he entendido. Estupideces no quiero, ni amigas ni cercanías. Tú en tu esquina, yo en la mía esquivando letanías.

La gorda vuelve a su asiento, vuelve a abstraerse de cuajo, delante de la pantalla que a mí me importa un carajo. Tengo mucho por detrás para seguir adelante. Duros lastres me apoltronan, como el turrón de Alicante. Y a quien quiero engañar... No me engaño ni a mi. Ni aunque quisiera salir podría un paso ni dar. Los guardias del engaño, sirviendo a la soledad hacen guardia en las almenas, y nadie puede escapar.

Suerte que en los bolsillos guardo un triunfo triunfante, un buen infierno de Dante. Una brújula brillante que en su dorso grabé "destino". Son tres sílabas flotantes, que en una boca elegante podrían encontrar camino. Voy frotándola a mi antojo, frotó el bronce, hierro rojo, aunque yo no sea Aladino.

Es al quedarme sola, en silencio y abatida cuando yo la froto a oscuras. Cuando la frotó bien fuerte. Y si esta noche no acude, será mañana o pasado. Mi fantasma, la dulce muerte.

Noviembre 2015

La fortaleza de la libertad

Si algo he aprendido encerrada en este inmenso burdel, es a no dejarme impresionar por cualquiera.

A solas comando expediciones, conquisto vírgenes islas, y a costa de ser sincera me vuelven a internar presa. Princesa de las marismas.

Sera cuestión de mentir. Inventar fabulas que encanten, pero sé que eso es mentir. Asegurar obviedades, sinónimo de delinquir, ir más allá de la cordura. De estar sin existir. Y ahora que me lo pienso, no lo hago tan mal. Disimulo y voy ganando terreno a la piedad de mis captores que son, terribles en Vacuidad. Monstruos de cambalache, trozos de trapo y cartón, que asustan solo a los niños, pero a oscuras guardan arpón, cuchillos y herramientas nada propias de una broma, de costumbre anglosajona. De una "u" que se deforma. Porcelana de colores que me clavo en las entrañas, intentando entrar en ellas, buscar terminar mis ansias.

Suicidarme y dar por hecho que estoy loca. Que ya toca.

Y un buen día me dan la llave. La de mi libertad. Vamos, viaja, sé paloma, sé un pez en alta mar. Bailemos todas al son de cadenas de la horfandad. Y volvemos aún más sabias al lugar por explorar, el de nuestra propia vida, la que dejamos atrás.

No es casona, ni resguardo, es mucho, aún mucho más. Es una fortaleza hundida, la de nuestra libertad. Y en ella habita un fantasma. Al que le dejo mirar.

Diciembre 2015

Recuerdos en navidad

Lloro muchísimos litros. Lloro ríos de sal y miel. Lloro al llegar el día, y por las noches también. Y mi madre ya no está. Y los ecos se hacen fuertes, como un pelin de azafrán en este guiso tan fuerte. Tan fuerte que saltan lágrimas. Tan picante que me hiere. Y respiro a duras penas esperando que no me queme.

Pero solo cambia el azar, tez nocturna del que miente. El fantasma de los espejos, y de los sillones viejos. Ese que coge mi pierna y la aferra entre sus dientes. Y la otra pierna detrás, y en mi sexo su simiente.

¡Puto cabrón, ectoplasma! Vete y no vuelvas más. Vete, que si te quedas no te dejaré marchar.

El amor es como un sueño, que encontramos sin querer. Sin querer se va enredando, y nos va enredando con él. Y en estas navidades tristes no comeré mazapán, no plantaré ningún árbol ni pasearé por ciudad. Me encerraré en mi cuarto y a solas perdonaré. Te iré echando de menos y a los otros también. A mi hermano, ya sin cara que no puedo recordar. A su novia, la Victoria que por mí no ha de pasar. Y a mis compis de taller que sin mí podrán vivir. Y a Jonas, y a Judith, y a esa pared de ahí. Ese verde desconsuelo es el potro del deseo. De la tortura más vil, y sus brazos sobre mí .

Y una noche, y otra más, y otras dos, y otras mil.

Enero 2016

Descubrir a quien no existe

Me indigna mi sola presencia desnuda ante el espejo. Carne cruda que se hará vieja con el paso de los años.

Bebo ante tamaña certeza. Bebo litros de cerveza, y otros venenos varios. Los norteños me han enseñado a beber. Paladear muy despacio el jugo manjar envejecido por años. Darle cuerpo en mi epiglotis, dar madurez al caldo. Pero yo no soy de los suyos. Dudo que pertenezca ya a alguien. Repudiada por cualquiera, solo me queda el deseo que suscito en el espectro. Compañero de las noches bañadas en tristes flujos, sudor, lagrimas y sangre. De las doce hasta más tarde. Tu visita me desconcierta. Buscando la carne abierta busca el vampiro consuelo. Terminando hedionda de sudor ajeno, pesarosa de ser mundana. Las putas de las tabernas me son similares en fama. Quiero morirme despacio, al sol que menos calienta. Rascar de mis sucias corneas visiones que me revientan. Repudiar besos vacíos, de los que guardas congelados. Frios como tus pies que no dejan de rozarme. Beber hasta desmayarme, ebria de alcohol en mi mano.

—Dejame. No me toques. Ya hemos terminado. Se lo contaré a todo el mundo. Eso, si ya no lo he contado.

Tengo un mareo respetable. Una ebriedad pertinente. Haz lo que quieras, viejo. Todo es indiferente. Todo hasta que trepane tu cráneo desde aquí hasta la frente.

No sé como paso tanto frío en este infierno. Amortiguo mi caída sobre cama de cuchillas, la amortiguó con pastillas. La intimido con engaños. Me gustaría ser fuerte, resistir como una roca, doblegarme como un junco, y romper tu eterea boca, aunque me resulte extraño.

Febrero 2015

los rizos acuáticos

Hay días que son cordiales y te regalan sonrisas en forma de rayos de sol. Precisamente, gracias a uno pude escapar y pasear por las calles, parques, callejones. Debía andar con cuidado, porque por estos lares los cazadores tiran a dar. Suerte la mía que , por alguna razón ajena a mí misma, mis ánimos se renovaron esta mañana, dando a mis pies alas y hélices a mis orejas.

Desde las alturas las cosas no se ven con la misma importancia, pensé yo al ver de lejos mi eterna pared de ladrillo. La razón de mis desdichas. Con una simple patada podría desmoronarla y dar por concluida ésta etapa de mi vida. Aunque las cosas no son tan fáciles. Y yo estoy sola.

¿Sola?

No. Para ser justos aun tengo gente a mi lado. La más importante Judith, siempre Judith. Intercede por mí sin quererlo, y sin quererlo se vuelve a perder. Gracias a ella (debo reconocerlo) he conseguido disfrutar de unos días de tranquilidad en esta cuasipermanente pesadilla de rutina.

Ella me escucha y me habla. Ella quería ser princesa y se quedo menos que en nada. Escucharla me calma. Da los ánimos que faltan, y con ella a mi lado llego a creerme que puedo ser normal y parecerlo.

Pero eso no es cierto.

Lo normal es efimero, y se escapa con el viento. Como se escapa el sombrero de alguien que va corriendo.

Así escapa mi amiga, mi hermana, mi confidente. Especialista que fue asidua a leer mi mente. Huyendo como una rata al saberse de lo nuestro. Las puertas le son ventanas, su sonrisa mal llevada no le va con lo que lleva puesto. Desentona y no combina, y por ello desafina y alerta a mi carcelero. Va a por ella por atajos, la aferra fuerte del pelo. Que desgracia presenciar la caída de quien quiero.

—¡No, Judith! ¡Corre! ¡Escapa! —Le grito al mismísimo cielo.

Pero mi alerta es tediosa, anda y no sale corriendo. Parece que soy yo misma la que la lleva al tormento.

Judith cae y termina. Se ahoga en pútridas aguas. Negras como la noche que atrae de vuelta las ánimas.

No he podido ayudarla, juro que ha sido así. Y ahora que vuelvo llorando me guardo lo que me guardo en mi zurdo calcetín. Un rizo de rizado pelo, que aún me perfuma a ti. Un recuerdo sin consuelo para esta torpe

aprendiz.

Marzo 2015

conjuntos de unión y multiplicación

Si te doy todo lo que me pides y no hay secreto que no desvele, cómo es posible que solo te crea cuando a mí menos me duele..

No eres sincero... Y es la rabia que siento dentro la que me impulsa a encerrarte. A no querer ni mirarte. A lanzar lejos la lampara y a olvidarme tus celos. Pero te has aferrado tanto que en todo encuentro tentáculos, telarañas de otros años, mensajes distorsionados. ¿Es esta locura un sueño? ¿Una ilusion el calvario? A veces me lo pregunto. Soy solo un ser que sueña, esperando ser mi dueña de un lugar extraordinario.

A veces me siento lejos. Voy perdida en otras tierras, frias, toscas y verdes como los ladrillos que conforman esta celda. Y dispongo de amistades, y de auto suficiencia, y tus manos espectrales son caricias que no cesan. Y viva está aun Judith, sonríe y cuida de mí. Pero sé que son mentiras que yo, en mi delirio impongo. En el fondo soy reclusa de tus rebuscados tongos. De tus fabulas infames que me arrastran hasta el fondo. Y si he de plantarte cara, lo haré serena y firme. No me abruman tus pesares del otoño. Si he de marchar me iré, allí donde me salga del moño.

¿No merezco que me quieran? ¿Que se comprometan por mí? Son preguntas que yo imploro al verde muro que adoro como el Dios del sin vivir.

Y sin vivir lo correcto invento lo que me invento y me divido en dosmil. Mil Amandas, que es mi nombre, y otras mil mis apellidos. La y la son un conjunto de los hábitos profundos, de los dones adquiridos.

Y ahora que somos tres ya no te necesitamos. Somos fuertes tres por tres , y de frente te enfrentamos.

Abril 2015

Trapo usado

Con un catarro inminente sudores de agua corriente fueron cayendo en cascada. Vivía de que la vida es sueño, porque saber que lo nuestro estaba presa del mundo me empujaba a juntarme, y juntos seguíamos siendo un pequeño cuento, una fábula de adultos, sucia y carente de dueño, sólo el fantasma y su mundo.

Tú y yo no formamos nada. Es sólo una simple fachada. Envoltorio de un pañuelo. Un trozo roto de clinex que apenas oculta mimada a esta que firma chorradas en horas libres de duelo. Y ahora me lanzó y vuelo, he aprendido con la práctica, al darme de bruces fuertes golpes contra el suelo.

Desde que fui consciente hasta ahora, siempre me hube planteado que pasaría con nosotros. ¿Era certeza la idea quererte mientras tu quieras? ¿era increíble esa idea? Quizá sentía miedo al respecto y no solo por lo dicho. Por todo, y lo nuestro. Por la grandeza que esperas de mí. Por separarme del resto.. No me gustaría ser un trozo de baldosa, una alfombra rasposa por dentro, la que pisas y no miras. La que utilizas de freno.

Me lo pienso y lo planteó.

Mayo 2015

Delirio de una tarde de psiquiatrico

Las drogas son traidoras. Nos apartan de la vida sumiendonos en extraños sueños que pensamos eternos.

Pero sí terminan.

Despiertas una mañana, resacosa, lugubre y uraña. Y a tientas buscas las flores de mayo, pero sólo encuentras vacíos. Paredes blancas sin cuadros. Y tu casa ya no está, ni tu padre ni los pasos. Esos ruidos de una gente que perdiste entre el pasado. Solo encuentras a personas que una vez fueron, ya no. Han pasado del pasado, y se hacen llamar dementes, lucen marcas en sus frentes, que les marcan de tarados . Y los gritos son cristales, y los muros no son verdes, son de cristal transparente, donde te

reflejas tú.

Ello te cuidan. Vas siendo receptora de su tiempo, y cuando las luces se apagan y miras al techo comprendes que estas mejor al otro lado. Siendo una persona normal, aún dentro de una fantasía inducida por Dios sabe que dios.

Y lloras. Y maldices y tus labios tiemblan ante la impotencia de dirigir tu vida. Una vida que va precipitándose como el autobús, por un sendero cuesta abajo y sin frenos. Mientras, los gritos de los pasajeros van destrozándole los tímpanos y ya no puedes soportarlo más. Sueltas el volante y dices "A la mierda". Y es a ella a la que vas. Inexorablemente.

O por lo menos, hasta que vuelve a circular el "Propofol" por tus venas.

Despiertas feliz de nuevo, en el país de las maravillas. Y sin usar los tapujos me empujó a parar las prisas en mi reino de las sillas.

Sobre la cama mis pies, y bajo su sombra los libros. Sobre ellos no hay que hablar, ya que hablan con el alma. Ese alma que es sólo mía, pero sin querer arañas. Deshilachas mis suspiros con tu gran presencia vana. Efímero sentir que me traspasa cual bala. Me deja herida de muerte pero ni agobia ni calma. Persisto en mi expectativa, insisto al buscar tu cara. Y mientras espero te leo. Y leo esperando nada. Solo que lleguen tinieblas y te metas en mi cama.

Otros libros exploré, dejandolos sin sustancia. Sólo de uno quedé, prendida cual rota rama. Sólo de un libro en mi vida, el de Guzmán y su amada. Khalida fue su nombre y eterna es por hoy y siempre. Pesaroso apellido la de la dama de sierpes, es la dama pesarosa, la que bien todo lo sufre. La que fuera a desposarse y en su boca dulces mieles, arrancadas ya de cuajo por ciertas leyes crueles. Cómo es cruel el destino que te lleva a ser quien eres. Arrastran pesadas cargas, vacios suaves de pieles, que los cargas bien al hombro y que ni arrastrando puedes. Estas pieles voy mudando como la muda serpiente, y en el camino abandonó por si me sigues de frente. Amanda, Laila, Judith... Tres personas que no mienten. Aqui solo miento yo, la que te espera por siempre. Fantasma, tú no me dejes. Sigueme siempre, por siempre.

Epílogo

Junio 2016

El camarero ha vuelto a preguntar si quiero tomar algo. Ya por vergüenza me he decidido a pedirle una infusión. En realidad me apetece más un café, pero debo evitar cualquier sustancia excitante.

Tamborileo con mis uñas pintadas de verde la superficie de la mesa. Y mientras desesperó me hago crujir los huesos de mi espalda. Siempre he pensado que nací con ellos del revés. Un vistazo al exterior me lleva a ver una imagen distorsionada de la calle. Coches ovalados cruzando raudos el asfalto. Y a ambos lados de la acera algunas sombras esperan. El cristal esmerilado no me deja apreciar los rostros de los más cercanos, y ello me hace preguntarme si no serán en verdad así.

Recuerdo haber llegado temprano. Crucé el túnel de la circunvalación y tras dejar atrás la señal de prohibido ir a más de cuarenta, me desvié hacia este polígono industrial, repleto todo él de fábricas de sombreros. Es curiosa la forma que tiene el cerebro de fijar en la memoria algunos detalles aparentemente sin importancia, sustituyendo estos a otros que anhelamos conservar y sin embargo perdemos. Mis años en el norte, por ejemplo. Éstos se han borrado de mi memoria, dejando simples retazos inconexos que, a duras penas, puedo situar en el tiempo. A veces me siento como la responsable de una plataforma minera, intentando dar sentido a la inmensidad de basura que mis operarios extraen de las entrañas de mi cerebro. Judith, sin ir más lejos. Hasta hace bien poco la consideraba una parte más de mis fantasías (como Khalida o Guzmán). Por eso me sobresalte tanto al recibir su mensaje así, de improviso.

Por supuesto, no se lo he dicho a nadie. He pedido un asunto propio para venir aquí a verla. Y lo cierto es que es asunto mío el no dejar de lado esta oportunidad de conocer más de lo nuestro, de lo humano y de lo divino que presenciamos enclaustradas en esas paredes. Esos muros que no quiero recordar.

Acercó temblando la taza a mis labios. Un atisbo de comenzar de nuevo intuyo. Pero eso no puede pasar. No es viable que comience de nuevo. Han pasado veinte años desde entonces. Ahora tengo cuarenta y dos años. Soy lo que se considera una vieja adolescente integrada en un mundo adulto. Y lo hago realmente bien. He conseguido un trabajo que me da para vivir medianamente mal, dentro de mis posibilidades; un grupo de amigas en terapia que no decepciona (Aunque con muy bajas expectativas); y una pareja estable que camina, y no imagina que una vez

copulé con Fantasmas.

Judith se retrasa. Sus palabras fueron claras:

—"¡Imagina que nos volvemos a ver!" — quedaron grabadas junto al emoticono de la sonrisa burlona con la lengua fuera.

Sólo le pregunté el "donde", y ella me contestó simplemente mandando esta ubicación y una hora.

Aquí lo tengo, todo reflejado en la pantalla de mi teléfono móvil. Con su fecha y momento exacto, algo que reafirma mi cordura cada vez que busco la duda.

De pronto la puerta se abre y cien campanilleos me ponen en guardia. Pero no es Judith. Solo una madre llevando en un carrito a su bebe, un niño regordete de colorados mofletes y ojos azules. Mis ojos buscan entonces a los suyos, y en el azul al fantasma. A esos mares helados que se adentraban en las rocas. Y esos azules prados... Todo lo que alcanzaba a ver por aquella ventana era mío. Ahora desde mi balcón sólo se ve otra calle, y tras ella otra, y tras ella otra... todos son mundos iguales, de iguales paredes verdes.

Y mi cita que no llega. Durante años tengo preparada la conversación de este día. Puesto a punto los castillos en el aire, a punto de derrumbarse. Pero, mientras, voy depilada. Maquillo ojeras malva, disimulando la falta de escabullirse del alba. Sobre el último vestido mis zapatos de tacón, y sobre ellos estoy yo. Tengo puntas de alfileres insertadas en la uñas, y argumentos que se empuñan cuando de uno sobran dos.

Y al desechar mi condena la arrastro por esta mesa. Por superficies rugosas, y me juró y me perjuro que encuentre lo que me encuentre, eludiré bien la prosa.

No volveré nunca más. No seré yo quien se imponga, quien pierda órganos impares. Porque siguiendo ésta senda, sin ir voy por mi cuenta, malgastando días anuales. Voy a apurar mi café (porque eso es lo que yo quiero), y desaparecer. No sea que por algún capricho el destino se haga un lío y me alcancen las verdades.

Me levanto muy despacio, y pago la consumición. Completo la transacción con éste dinero prestado. El camarero no mira, ni nadie observa mi vida, en contra de lo que siempre creí . Quiza por ello construllo, y bailó con creaciones. Mis criaturas, todas una, se abrazan en un barullo. Por eso me cuesta moverme. Voy lastrada por el peso, con el frio aún en los huesos, escapo corriendo al hogar. A encastrarme en la rutina, ver pasar rauda la

vida y fingir lo que ha de pasar...

Al cruzar cruzó la calle, los coches son simples balas, y la gente que me encuentro, la rodeó cual ágil viento mientras me clavan miradas.

— "No puedo marchar y marchó" — pienso presa del espanto de abandonar la jugada.

Aprieto el botón de "engine" y el motor ruge de nuevo. La prosa ya se marchó y se marchara de nuevo.

Justo al pasar por la puerta de aquel bar me obligó a mirar adentro. Busco eterna dualidad, un zapato de cristal, y mi izquierdo pie descalzo. Allí está ella, Judith, mintiendo, siempre mintiendo, diciendo ser yo, y lo siento, pero mi tiempo acabó.

De camino hacia mi casa, comprendo el tiempo que pasa y que el fantasma era yo.

FIN